



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

TRANSICION POLITICA Y SOCIEDAD
ELECCIONES DEL 2000 EN MEXICO

T E S I N A

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN SOCIOLOGIA
P R E S E N T A
JOSE ISAIAS CABRAL VILLEGAS

296291

ASESORA: LIC. MA. SOCORRO ORNELAS PIRA



CIUDAD UNIVERSITARIA, D.F.,

JULIO DE 2001



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

TRANSICION POLITICA Y SOCIEDAD
ELECCIONES DEL 2000 EN MEXICO

Tesina que para obtener el título de Licenciado en Sociología presenta
José Isaías Cabral Villegas

Asesora: Lic. Ma. Socorro Ornelas Piña

Ciudad Universitaria, D.F., Julio de 2001

**Para Loretta, José Pablo,
Diego Benjamín y Jorge Emmanuel**

Indice

Introducción.	4
Capítulo 1. México en la transición.	9
1.1. Contexto socioeconómico.	12
1.2. ¿Qué tipo de transición?	18
1.3. Transición, ¿hasta dónde?	21
1.4. El EZLN en la transición.	22
Capítulo 2. Alianza de los partidos y sus imposibilidades.	24
2.1. Partido Revolucionario Institucional.	30
2.2. Partido Acción Nacional.	39
2.3. Partido de la Revolución Democrática.	43
2.4. Previsible la imposibilidad de la “Gran Alianza”.	47
Capítulo 3. Efectos en la sociedad.	51
Conclusiones.	60
Bibliografía.	63
Hemerografía-	66

Introducción.

La sucesión presidencial del año 2000 generó en México gran efervescencia, en un escenario de alta competencia político-electoral con firmes avances de partidos de oposición que han logrado ser gobierno en distintos estados y municipios, pero en un entorno económico que refiere graves desigualdades.

Si bien los saldos de la política económica del régimen zedillista resultaron positivos para sus propias expectativas, en virtud de haber alcanzado cifras de crecimiento arriba del 7 por ciento del Producto Interno Bruto en los dos primeros trimestres del 2000, se observó la persistencia de rezagos que afectan a decenas de millones de mexicanos en la pobreza, reconocidos oficialmente. Las cifras no señalan mejores ingresos y más empleos y sí enormes desigualdades por la alta concentración del ingreso.

Según datos ofrecidos recientemente por el Banco Mundial¹ los pobres o personas en extrema pobreza alcanzan en México entre el 55 y el 58 por ciento del total de la población, de lo que cabe resaltar que a mediados de la década de los noventa el número de pobres representó en promedio el 50 por ciento de la población total. Incluso pueden citarse datos de una investigación del Consejo Nacional de Población (Conapo)², refiriendo que "entre 1977 y 1996 los salarios sufrieron una disminución generalizada en términos reales, tanto que las remuneraciones en ese último año mostraron niveles similares o más bajos que los que se registraron casi dos décadas antes".

¹ Cfr. Novedades del 23 de mayo de 2001, a propósito de la presentación del análisis auspiciado por ese organismo, en rueda de prensa en la ciudad de México: "México, un programa de desarrollo integral para la nueva era".

² Conapo. *La situación demográfica de México*. Talleres Gráficos de México. México, 2001.

Esa investigación oficial advierte la potencialidad del riesgo de lo que se manifestaría el 2 de julio del año 2000, aún cuando no se llegó —entonces— al extremo que se pronosticaba: "... la realidad que encararon los hogares mexicanos en el periodo de referencia se caracterizó por una combinación de pobreza creciente, con diez años de desigualdad en ascenso, entre 1984 y 1994 y una ligera reducción de la desigualdad en 1996. La insuficiencia de ingresos... no sólo es simiente de la pobreza, sino que pone en riesgo en el corto plazo la reproducción doméstica y social, y en el futuro la estabilidad política, al desgarrar el tejido social que la sustenta".³

No obstante los datos ofrecidos por el Banco Mundial, se advierte un indicador diferente, aun cuando las cifras son de hace un par de años: Julio Boltvinik, especialista en el tema, sostiene que mientras la pobreza y la desigualdad disminuían antes de 1982, a partir de ese año se incrementan esos dos fenómenos, como consecuencia de la crisis y la puesta en vigor del modelo neoliberal: más de dos de cada tres mexicanos son pobres y casi la mitad pobres extremos desde que terminó la década de los ochenta.⁴

Ante ese panorama, con más de 70 años de mantener el poder en nuestro país, el Partido Revolucionario Institucional se convirtió en un lastre para la modernización política, para la democratización de las instituciones en sintonía con el momento que se vive actualmente, reflejo también de fuertes tensiones y contradicciones entre las élites.

La memoria nos indica que desde hace más de dos décadas los fines de sexenio siempre ocurrieron en medio de severas crisis económicas; *triunfalmente*, el Presidente Ernesto Zedillo y miembros de su régimen, así como algunos analistas afines aseguraron que ello no ocurriría, gracias al *blindaje financiero* conseguido

³ Ibid.

⁴ Boltvinik, Julio y Enrique Hernández Laos. *Pobreza y distribución del ingreso en México*. Siglo XXI Editores. México, 2000.

por la administración zedillista, que no obstante significó un endeudamiento que quedará como saldo para la sociedad.

Con la victoria de Vicente Fox es posible observar que se logró la continuidad del modelo económico y que el cambio buscado fue únicamente el de la salida del PRI de Los Pinos, con un antecedente inmediato: el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal en 1997, lo que para muchos teóricos significó el inicio de la transición, el paso de un gobierno autoritario a uno democrático.

Como se reseña en la presente investigación, ya desde julio de 1997 Vicente Fox comenzó su temprana campaña, luego de conocer la victoria de Cuauhtémoc Cárdenas en la capital de la República. El entonces gobernador de Guanajuato inició su proselitismo impulsado a su vez por una singular organización, paralela al Partido Acción Nacional: los "Amigos de Fox".

Los resultados de la elección del 2 de julio pasado, inesperados hasta por algunos segmentos de la misma oposición, ofrecieron la posibilidad de la alternancia en la Presidencia de la República, pero más aún en el panorama nacional: se discutió de manera amplia la posibilidad de consolidar una *Gran Alianza Opositora* que posibilitara la derrota del Partido Revolucionario Institucional, método inusual en la práctica política nacional y que abría francas expectativas acerca del *cambio*, dadas las características que se percibían.

Luego de que empezara el activismo de Fox, comenzó a especularse la *urgencia* de integrar esa gran fuerza político - electoral para ganar la elección presidencial, propiciando se consolidara una alianza entre los partidos Acción Nacional y de la Revolución Democrática –como principales fuerzas de la oposición- sin que importara en primera instancia la plataforma de cada uno de esos institutos políticos ni mucho menos su trayectoria histórica.

Las alianzas, que desde luego se permiten en la nueva legislación –y además de manera relevante con un órgano electoral independiente-, causaron serias preocupaciones en el PRI ante la posibilidad de la eventual derrota del *candidato oficial* en unos comicios que se preveían reñidos, dado el fuerte posicionamiento y la beligerancia de Vicente Fox, además de la certidumbre en la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, que aprovechando el foro que constituyó ejercer la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal generó su tercera postulación.

El voto de la sociedad evidenció el hartazgo que se convirtió en la tumba de las aspiraciones del PRI. Más de 70 años de imposiciones, corrupción, cacicazgos, latrocinios y traiciones cobraron su cuota a un partido escindido que perdió no sólo la Presidencia, sino la tutela del primer mandatario, “el primer priista de México”, en una tendencia que muchos consideraban imparable ya desde 1988.

Sin embargo, cabe hacer notar que el telón de fondo se diseñó con las adversas condiciones económicas, el gris panorama de las crisis recurrentes –más graves y profundas en las sucesivas administraciones desde 1988-, la reiterada inacción y dócil complicidad priista a las imposiciones neoliberales, además de la efectiva campaña foxista, aderezada hábilmente con una hábil estructura mercadotécnica.

No se ignoran los datos -reconocidos por el gobierno federal- que señalan la imparable tendencia a la pauperización, al desempleo y subempleo, a la insuficiencia salarial y al creciente deterioro de las condiciones de vida que contrastan con las alegres y engañosas cifras macroeconómicas del régimen de Ernesto Zedillo, elementos que coadyuvaron a la debacle priista y que dieron un perfil definido a la campaña presidencial del 2000.

Por las características del fenómeno a estudiar, la presente investigación recurre principalmente a fuentes documentales de primera mano, diarios y revistas, sin dejar de consultar textos que conforman el apoyo para sustentar los argumentos teóricos.

Resalta que la historia de la alternancia en México está por escribirse. Lo que apenas se advierte en los medios de difusión no son productos elaborados por especialistas que han dedicado su vida profesional al tema, sino por diversos analistas, editorialistas, comentaristas y periodistas en los distintos medios de comunicación, y acaso por académicos que con distintas ópticas han encontrado espacio en muy escogidos medios.

El primer capítulo analiza el fenómeno de la transición, contexto en el que está inmersa la investigación, en virtud de ser el principal argumento esgrimido para presentar las alternativas de oposición, además de contemplar la coyuntura a efecto de discernir acerca del fenómeno de las alianzas en México.

En segundo término, se presenta una referencia histórica de los tres principales partidos políticos en México, los segmentos que representan, sus posiciones en el escenario político - electoral y los distintos perfiles que fueron adquiriendo a través de las administraciones de Miguel de la Madrid a Ernesto Zedillo.

El tercer capítulo es una reflexión sobre los efectos del fenómeno en la sociedad, la evidencia de consolidar una nueva cultura política entre los electores que posibilitaron la victoria de Vicente Fox, atraídos por una intensa campaña que invocó el *cambio*.

La derrota del PRI es un fenómeno que será materia de estudio no sólo para los especialistas de sociología política y de ciencia política, sino motivo de reflexión para sectores que hoy no alcanzan a distinguir con claridad su futuro en medio de la globalización y que subsiste de manera precaria en un medio que no cuenta con organizaciones sociales de defensa -gracias a su desarticulación-, y con partidos que dejan a un lado sus principios de cambio en busca de posiciones en el aparato de un poder acotado, divorciados de las bases sociales.

Capítulo 1. México en la Transición.

De manera general, se acepta que las condiciones prevalecientes en México en el contexto electoral del 2000, refieren una fase de crisis. La coyuntura reflejaba en sí misma las características que, según se explica en la compilación de Norberto Bobbio⁵ ha tomado carta de naturalización en nuestro país, aun antes del arribo al poder de la generación tecnocrática en el sexenio de Miguel de la Madrid. En ese marco, se advirtió el incremento de la incertidumbre entre los protagonistas del proceso político.

En el marco de la sucesión presidencial, desde la "elección" del candidato presidencial del PRI se percibió una fase en que los marcos institucionales ordenaban cada vez menos el quehacer político, lo mismo que las inercias impedían ver con claridad un horizonte viable de nuevas reglas y de nuevas conductas. El oportunismo y el aparente triunfo de utopismos, así como las tentaciones que trajeron consigo "las fatalidades, miedos, arrogancias, triunfalismos, inercias y violencias de nuestra tradición"⁶ amenazaban la vigencia del orden y la práctica política que en otros momentos predominaron en las reglas de la convivencia.

Se hace evidente que no es suficiente con reclamar, con toda la autoridad moral que se quiera, un orden democrático. Se precisa pensar cómo éste podría ser estable, qué marcos institucionales maximizarían la responsabilidad de los gobernantes a la vez que garantizaran los procesos electorales, así como la representatividad y legitimidad del sistema y la gobernabilidad en esta nueva fase.

⁵ Para los efectos de este estudio, la definición de crisis corresponde a un momento de ruptura en el funcionamiento de un sistema, un cambio cualitativo en sentido positivo o negativo, una vuelta sorpresiva, a veces hasta violenta y no esperada en el modelo normal, según el cual se desarrollan las interacciones en el interior del sistema. Norberto Bobbio et al. *Diccionario de política*. Siglo XXI, México, 1991, p. 454 ss.

⁶ Carlos Fuentes. *Nuevo tiempo mexicano*. Editorial Aguilar. México, 1994.

No está por demás afirmar que hay diversas posturas sobre la transición en México: hay quienes afirman que es inexistente la necesidad de una, toda vez que se había concebido al sistema político mexicano como una auténtica democracia en continuo perfeccionamiento, como se percibía en el discurso político del PRI; la contraparte considera que el autoritarismo del sistema se encuentra sumamente arraigado y que por lo tanto resulta ilusorio aceptar el discurso democratizador del régimen que concluyó con las elecciones del 2 de julio del 2000.

Cabe rescatar la opinión de Carlos Fuentes:

La promesa incumplida de todos nuestros proyectos modernizantes ha sido la democracia. Es tiempo de dámosla a nosotros mismos, antes de que su ausencia sirva de pretexto para que el nacionalismo norteamericano, democrático e imperial, entre a salvarnos para la libertad. Pero, además, tenemos que reanudar un desarrollo económico que ya no puede privarse de su escudo político, que es la democracia, ni de su escudo social, que es la justicia, ni de su escudo mental que es la cultura.

La democracia como centro de identificación, coherente con la cultura y la sociedad, nos permitirá cerrar las heridas por nosotros mismos. Sobre la base de democracia y justicia internas, México podrá moverse con mayor seguridad por el ancho mundo de la integración económica. No busco en el nacionalismo la defensa de la nación. Pero sí busco la defensa de la sociedad, de la cultura y de quienes hacemos una y otra, como proyectos nacidos de nuestra imaginación y de nuestra voluntad, de nuestra memoria y de nuestro deseo.⁷

Ningún proceso democrático de fondo puede consolidarse en el país si no se modifican en primer lugar las reglas del juego político, se llegue incluso a una nueva constitucionalidad sancionada por el Congreso de la Unión que organice el poder político sobre otros principios y procedimientos, donde se demanda la efectiva división de poderes, el cambio parlamentario, un nuevo esquema del federalismo y de descentralización política, tomando en consideración que hasta hoy prevalece la concentración de todo el poder en la Presidencia de la República, que está a punto de refrendarse con el arribo de Vicente Fox a la Presidencia de la República.

⁷ Carlos Fuentes, op cit.

Para algunos teóricos, destaca que el tema de esta investigación apareció por primera vez a raíz de los acontecimientos electorales de 1988, en que la votación a favor del PRI decreció de manera muy apreciable, lo que propició el estudio sistematizado de lo que algunos caracterizaron como *situación de emergencia*, atizada por el reclamo social y la transición a la democracia.

1.1. Contexto socioeconómico.

El sistema político mexicano evidencia ya las características de un esquema agotado que reclama la transición a una nueva fase en que la división de poderes, el federalismo y la confiabilidad en los procesos electorales, así como la corresponsabilidad Estado - sociedad civil en el desarrollo económico distensionen la actual situación y marquen una o diversas salidas a la actual crisis en que nos encontramos, situación que no podemos analizar aún con el arribo de una nueva estructura de poder con Vicente Fox a la cabeza.

Como el antecedente más claro de esta fase de crisis, puede mencionarse que el proceso electoral de 1988 produjo una serie de cambios y transformaciones que no se habían siquiera vislumbrado en los años de mayor efervescencia político – social del pasado reciente. Cabe destacar que los últimos años de la década de los 50 y los primeros años de los 60 fueron clave en el desarrollo de una agitada actividad política disidente en México; los movimientos sociales propiciaron un fuerte activismo político que prevaleció por muchos años entre la oposición.

También resalta que no puede explicarse el incremento de la protesta social en México, sin referir la situación internacional de esos años, lo que, por supuesto, no fue determinante aunque sí influyó en algunas agrupaciones disidentes como las que se aglutinaron alrededor del Movimiento de Liberación Nacional y otras que se manifestaron en diverso tono. El triunfo del movimiento guerrillero en Cuba constituyó el primer indicador de que la correlación de fuerzas dentro de los países de América Latina podía transformarse. Su impacto e influencia fueron significativos y se percibió el surgimiento de expresiones diversas de grupos guerrilleros en algunos países del área, además de advertir en México importantes muestras de militancia beligerante que, hasta hoy, tiene efectos en algunos estados de la República.

En otro sentido, en el plano nacional el movimiento estudiantil de 1968 ha sido tomado como la frontera entre el México dócil y manipulable, que propició la formación de una serie de fuerzas políticas que incrementaban sus niveles de conciencia acerca de sus potencialidades. El agravio del régimen autoritario a la sociedad inerte no fue fácilmente olvidado y quedaron, sin embargo, retos que en años posteriores modelaron la realidad a la que hoy asistimos. Los sucesivos gobiernos de Luis Echeverría Álvarez y José López Portillo, abrieron la posibilidad a un régimen que encontró campo fértil para políticas monetaristas que impusieron la restricción del gasto, con la obvia depreciación de los niveles de vida de la población. El fin del modelo de desarrollo estabilizador y el inicio de la globalización generó en México una significativa caída de los principales indicadores socioeconómicos.

Sin embargo, el PRI se mantuvo en todo ese periodo al frente de la vida política, pese a que esporádicamente ocurrieron hechos que permitieron advertir que algunos segmentos de la sociedad mexicana se encontraban reaccionando, destacando la proliferación de manifestaciones de descontento. La oposición al régimen en ese momento se manifestó a través de exhibiciones de fuerza y desesperación a través de algunos grupos guerrilleros. La represión, sin embargo, fue duramente aplicada y las muestras de descontento fueron poco a poco apagándose gracias a la intervención de grupos especiales, además de su debilitamiento también por sus contradicciones internas. Posteriormente algunos militantes de esas fuerzas se incorporaron a diversos proyectos políticos que en las décadas de los 80 y 90 alcanzaron notoriedad. La reforma política impulsada por Jesús Reyes Heróles propició el encauzamiento de las oposiciones.

Destaca que desde entonces el dinamismo de la protesta social disminuyó notablemente hasta la fecha, en buena parte por la ofensiva neoliberal y el casi total aniquilamiento de la protesta obrera —con la desaparición gradual de los contratos colectivos y la atomización de los gremios—, además de la falta de una coordinación nacional, carencia de liderazgo intelectual, orientación ideológica y

dirección política, destacando que en esta lucha los partidos políticos han privilegiado sus intereses electorales inmediatistas, de corto plazo.

Con la fundación del PRD, en 1989, se institucionalizó la otra oposición. Algunas fuerzas políticas desaparecieron o se integraron a proyectos diversos. Pero el descontento persistía, pese a todos los esfuerzos por integrar a la vida política *normal* a los representantes de todos los signos políticos. El repaso histórico permite observar que surgieron agrupaciones de signos varios que, al paso del tiempo, confluieron para la formación del Frente Democrático Nacional que, a su vez, abriría paso al actual PRD. Pero destaca que las aspiraciones de la oposición han ido encontrando en el camino obstáculos que propiciaron desencanto y frustración, pues los logros no representaban sino mínimos triunfos frente a lo que también se ha observado: la cooptación de cuadros significativos de la oposición que se fundió en las instituciones del aparato gubernamental.

Ya en años recientes, luego de asistir a la abierta pugna por el poder, con los asesinatos de Luis Donald Colosio y José Francisco Ruiz Massieu en 1994, los espacios para la expresión más auténtica de la oposición se han ido reduciendo, pese a las victorias electorales en algunas entidades federativas y municipios del país, y en julio del 2000 con el triunfo de Vicente Fox.

Pese a lo anterior, y como se ha visto, se abre el debate acerca de si este hecho constituye la sepultura del PRI, como la oposición siempre ha pregonado, o a otro espacio de lo que ha sido su continua "renovación", considerando un signo los resultados de la elección interna del 7 de noviembre de 1999 en que se decidió la candidatura presidencial a favor de Francisco Labastida Ochoa. La pugna que se advierte al interior del PRI, sin embargo, también es reflejo del deterioro de las condiciones políticas en que ha quedado México luego de los tres últimos gobiernos, con profundas huellas en la composición de la estructura política nacional, un movimiento obrero inmovilizado, una cúpula desvinculada de sus bases, las estructuras sectorizadas del PRI en franco desgaste y un grupo de

gobernadores que dejaron de representar fielmente los intereses de su partido como un todo homogéneo y que de manera paralela daban paso a burdas formas de corrupción. Por encima de todo lo anterior, destaca el abierto retroceso en las relaciones del propio PRI con la institución de la Presidencia de la República.

El proceso interno del PRI para elegir a su candidato presidencial no generó –tal como lo habían pronosticado analistas y personajes políticos– la tan esperada fractura que, sin embargo no hubiera sido tan significativa como la ocurrida en 1987-1988 a la salida del grupo encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y Rodolfo González Guevara.⁸ En el entorno de la sucesión presidencial del año 2000 el mecanismo renovador más significativo no fructificó pese a los deseos de diversos actores políticos, pues la alianza entre el PAN y el PRD fue cancelada en un esquema de mutuas acusaciones por parte de quienes debían decidir su aplicación y viabilidad, por las características de sus liderazgos: Vicente Fox Quesada y Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, propiciando a su vez el encono de las principales fuerzas de la oposición.

Las múltiples rupturas al interior del sistema son más graves que los desprendimientos en la "familia revolucionaria" que se han verificado en los últimos años, especialmente a partir de 1994. Cada vez parece más lejano un posible retorno al paraíso de la negociación que mantenía más o menos estable la situación económica y que garantizaba en algún modo movilidad y ascenso social dentro del PRI.

El *desdibujamiento* y las deserciones del esquema corporativo, ponen en abierto entredicho los ejes mismos del sistema de dominación que funcionó invariablemente durante décadas: el presidencialismo y su organismo de administración de masas: el PRI, como lo han calificado algunos teóricos.

⁸ Las grandes escisiones sufridas anteriormente por el PRM-PRI, que se tradujeron en oposición electoral, fueron la Juan Andrew Almazán (1939) y la de Miguel Henríquez Guzmán (1951).

Con lo anterior, se observa que en México durante las dos últimas administraciones ya se cumplía con las características que presionaban para una pronta transición: a) el régimen autoritario ya no cumple con las funciones originales que le dieron razón de ser: garantizar cohesión y estabilidad mediante un pacto político eficaz. El conflicto chiapaneco fue muestra fehaciente de que ese pacto ya no es garantía de estabilidad; b) pérdida de legitimidad del régimen. En nuestra realidad, se evidencia en la profunda crisis de credibilidad que contextualiza las acciones gubernamentales; c) conflictos internos que no logran conciliarse dentro de la coalición gobernante. Los crímenes políticos, aunados a las severas disputas al interior del PRI, son otra muestra de ello, sin considerar la crisis que está viviendo luego de la derrota del 2 de julio; d) presiones externas que obligan al régimen a revestirse de una apariencia democrática.

Estas cuatro características estaban presentes ya desde el sexenio de Carlos Salinas. Las reformas electorales ensayadas en esa administración, fueron un intento por orientar la transición hacia una "reforma pactada".

El salinismo no pudo salir avante como un régimen de transición, porque nunca se asumió como tal y porque concentró toda su argumentación en la preeminencia de un poder centralizado que decidiera por sobre los acuerdos legales. El sexenio de Salinas de Gortari operó una "intransición" que fortaleció los valores más fuertes del régimen autoritario, el presidencialismo y el modelo excluyente.

El gobierno de Ernesto Zedillo ha sido producto, así, de un régimen agotado, sumando a ello una serie de dificultades que no ha podido resolver, de ahí que deba intentar retomar, impulsar y llevar a un buen puerto una transición pacífica, sin precedente alguno, altamente "democratizadora", para dar credibilidad y figura al régimen y meter a México en una senda modernizadora integral. El Acuerdo Político Nacional, firmado el 17 de enero de 1995 por las principales fuerzas partidistas (PRI, PAN, PRD, PT), pretendió ser el inicio de una genuina transición pactada, que emulara otras más como la española o la polaca, las cuales fundaron

su modelo en garantizar la alternancia por la vía electoral y el paulatino desmembramiento de los regímenes autoritarios que les precedieron, aunque entonces no se pensó en el fracaso del PRI en las elecciones del 2000.

1.2. ¿Qué tipo de transición?

Según algunos teóricos (Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead), una transición se conceptualiza como:

El intervalo que se extiende entre un régimen político y otro. Las transiciones están delimitadas, de un lado, por el inicio del proceso de disolución del régimen autoritario y, del otro, por el establecimiento de alguna forma de democracia, el retorno de algún tipo de régimen autoritario o el surgimiento de una alternativa revolucionaria.

Lo característico de la transición es que en su transcurso las reglas del juego político no están definidas. No sólo se hallan en flujo permanente sino que, además, por lo general son objeto de contienda; los actores luchan no sólo por satisfacer sus intereses inmediatos y/o los de aquellos que dicen representar, sino también por definir las reglas y procedimientos cuya configuración determinará probablemente quiénes serán en el futuro los perdedores y los ganadores.⁹

La meta de una transición exitosa es la consolidación democrática que acaba con la incertidumbre y provisionalidad que caracteriza a todo proceso de este tipo. Otros autores destacan que la consolidación se produce cuando no hay ningún actor político (partido, grupo de interés, fuerza o institución) que considere que hay otra alternativa a la democracia para obtener el poder. Ahora bien, las consolidaciones suelen ser dentro del proceso lo más difícil. De hecho, países como España constituyen un caso de consolidación ejemplar y otros, como Rusia, son muestra de retrocesos significativos.

Por ello, O'Donnell y Schmitter distinguieron dos tipos de procesos que se dan durante una transición y que determinan si ésta se consolidará o no: a) la liberalización del régimen que es la fase de apertura y tolerancia; éste concede ciertos derechos individuales y colectivos que son insuficientes para llegar a la consolidación democrática; b) la democratización que inicia con el reconocimiento de los triunfos electorales de la oposición ahí donde hubieran ocurrido, el

⁹ Guillermo O' Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead. "Transiciones Desde un Gobierno Autoritario", volumen 4, Paidós, Buenos Aires, 1988.

establecimiento de una legislación electoral imparcial y transparente, y la búsqueda de mecanismos constitucionales entre los actores políticos.

El éxito o fracaso de la transición también depende del tipo de régimen del cual parten. Los teóricos han destacado tres:

1. Totalitarios, como el nazi-fascismo o el modelo soviético, basados en un gobierno de partido de Estado, en donde está prohibida legalmente la oposición. Generalmente, las transiciones son difíciles y parten del colapso del régimen o de la ruptura.

2. "Sultanistas", como las dictaduras de Medio Oriente, basadas en un gobierno personal, sin Estado de derecho, con baja institucionalización, cuyas características básicas son la arbitrariedad y el patrimonialismo. Aquí el cambio de régimen generalmente ocurre a través de una revolución en donde las posibilidades de democracia suelen ser muy bajas.

3. Autoritarios, que constituyen una vía intermedia entre el totalitarismo y la democracia. En ellos, la sustitución de los gobernantes no se hace a través de elecciones competitivas y limpias, aunque se utilice ceremonialmente este recurso. Es en este tipo de regímenes donde se producen transiciones a través de la reforma pactada - ruptura pactada.

Según el politólogo Juan Antonio Nemi, Huntington¹⁰ describió las tres formas básicas en que puede operar una transición basada en las negociaciones entre oposición y gobierno:

1. Reforma, transacción o transformación. Esto sólo ocurre cuando los reformadores del gobierno son más fuertes que los conservadores, toman el

¹⁰ Cfr. Nemi Dip, Juan Antonio "Los modelos de la transición democrática", documento inédito, presentado en el coloquio que con el mismo nombre patrocinó la Universidad Veracruzana, Septiembre de 1999.

poder, desplazan a los conservadores y deciden liberalizar el régimen. El caso ejemplar es el de España, donde los elementos reformistas deciden emprender una transición a la muerte del dictador Francisco Franco, legalizando a los partidos opositores, redactando una nueva Constitución y celebrando nuevos comicios. La estrategia se basó en la velocidad y en el carácter moderado de los actores.

2. Ruptura, sustitución o colapso. En estos procesos la oposición es más fuerte que el gobierno y deben dominar los moderados sobre los más radicales, para que sea una transición exitosa. Es un proceso con más riesgos y generalmente opera después de que el régimen exhausto es desplazado por la oposición. La ruptura envuelve tres fases: la lucha que produce la caída, la caída y la lucha después de la caída. Entre las experiencias de este tipo se encuentran las transiciones de Portugal, Argentina, Irán y Nicaragua.

3. Retirada. Es una vía intermedia entre la reforma y la ruptura. En este tipo de procesos opera la interacción entre reformistas del gobierno y moderados de la oposición. Cada uno debe dominar a los grupos más extremistas. La característica principal es que: el régimen autoritario no se colapsa, pero es débil y hay equilibrio de fuerzas entre reformadores y conservadores del gobierno. Es el caso de Polonia, Checoslovaquia, Uruguay, Chile, Corea del Sur y Sudáfrica.

1.3. Transición, ¿hasta dónde?

Por las características de la demanda social, una probable transición democrática en México no puede circunscribirse a algunas reformas jurídicas de carácter político o electoral. Esta afirmación no niega que determinadas reformas jurídicas o institucionales hayan tenido o tengan un efecto liberalizador. El régimen se ve afectado por la interacción de un sinnúmero de factores que han requerido de un cambio radical: sistema electoral, sistema de partidos, gobierno presidencial, atribuciones de los poderes Judicial y Legislativo, federalismo, municipio, forma de composición y de funcionamiento de estos órganos, etcétera.

Si se optara por emprender sólo ciertas modificaciones institucionales, se afectaría al resto, sin duda, pero tendrían el demérito de ir fabricando un interminable edificio sin coherencia, sin plan previo, construido por piezas. Otro inconveniente de una reforma parcial, es que se puede democratizar cierta institución o práctica política, pero el resto de las que tienen auténtica incidencia a todos los niveles permanecen inalteradas con sus vicios tradicionales. De esta forma, el esquema es contradictorio y disfuncional.

La transición en México exige una modificación del entramado institucional y jurídico. Reclama poner a punto las instituciones para estar en consonancia con el proyecto democratizador que todos los actores políticos están solicitando y que el presidente Zedillo ofreció recurrentemente, sin definir el camino concreto a seguir, pero que se cristalizó con lo que podemos llamar proyecto Zedillo-Fox.

Recurrir a una reforma parcial no suscita entre los actores políticos la idea de estar colaborando con un nuevo régimen, ni con la democracia. La transición política sin un gran contrato institucional que desplace los mitos y fantasmas del pasado carecerá de sustento democrático y de referentes simbólicos para inaugurar una nueva etapa en la historia de México.

1.4. El EZLN en la transición.

Con el inicio formal del Tratado de Libre Comercio suscrito entre México, Estados Unidos y Canadá, el 1 de enero de 1994 se expuso a escala internacional que nuestro país no estaba arribando al primer mundo –como lo exhibía el gobierno de Carlos Salinas-, sino que el régimen, obligadamente, se contemplaba frente al espejo de las graves desigualdades que ningún gobierno, hasta la fecha, ha podido o querido resolver.

El frente que se abrió en Chiapas con la aparición del EZLN, permitió exhibir de la manera más descarnada no sólo la prevalencia de índices de marginalidad y pobreza extrema, sino también la falta del diseño de políticas adecuadas de atención, en cuyo marco los indígenas de esa región ocupan los primeros lugares, pese a los grandes montos de recursos destinados desde los primeros momentos de la insurrección.

Muchos textos se han escrito acerca del conflicto chiapaneco, pero destaca el libro que publicó Carlos Montemayor,¹¹ en donde se presenta claramente el contexto bajo el cual hizo su aparición el movimiento armado, los antecedentes de injusticia, autoritarismo y antidemocracia y, sobre todo, la amplia cobertura que alcanzó en todos los medios de comunicación, de manera destacada en los extranjeros, entre los cuales generó innumerables simpatías.

Del mismo modo, lo anterior se explica por "el desarrollo político de los medios de comunicación y en el surgimiento de organismos nacionales e internacionales de defensa de los derechos humanos".¹²

Un factor que marca una definitiva diferencia entre el EZLN y otros movimientos guerrilleros es su capacidad de convocatoria política entre diversos sectores:

¹¹ Montemayor, Carlos. *Chiapas, la rebelión indígena de México*. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1997.

¹² *Ibid.* P. 26.

caravanas estudiantiles, Convención Nacional Democrática, consulta nacional, foros especiales a favor de los pueblos indios y para la reforma del Estado, reuniones internacionales como el Foro Continental Americano y el Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo. Intelectuales, artistas e investigadores de México acudieron como asesores o invitados a los foros y mesas de negociación en San Cristóbal de las Casas y en San Andrés Larráinzar, y han arribado a Chiapas personalidades diversas de todos los continentes.

Su poder de convocatoria es una demostración de la viabilidad del EZLN como fuerza política aglutinante de varios sectores sociales, tema en el que algunos grupos de la Iglesia católica alcanzaron a influir, como de manera destacada lo significó el obispo Samuel Ruiz. De estas condiciones, el EZLN derivó su capacidad para convocar a la conformación del Frente Zapatista de Liberación Nacional, que no se propuso como un partido político excluyente, sino como una fuerza civil de resistencia y de movilización –legal- para reorientar la vida política en nuestro país y que en mucho fue también materia sustantiva en el fenómeno de la transición en nuestro país.

Capítulo 2. Alianza de los partidos y sus Imposibilidades.

Hay la percepción de que el proceso de transición democrática en México ha desviado la ruta y, como dice Enrique Semo, "...hemos desembocado en un orden político ambiguo que puede sostenerse indefinidamente y ser catalogado como una transición mediatizada o gatopardesca".¹³ Pero aún más allá, es posible pensar que la ruta a seguir, planteada por una diversidad de teóricos e ideólogos, es la de una vía acordada que necesariamente debía conducir a las puertas de la democracia plena, con elecciones creíbles y respetadas por los actores políticos que, a su vez, den paso a la alternancia en el poder.

Persiste la idea de que lo único que sigue en adelante para México es la transición democrática, aunque se multiplican las voces en torno a si ya se cumplió tal propósito o que con la derrota del PRI se alcanzaría esa intención.

Llegar a concebir los escenarios de una gran alianza opositora, entre el PAN y el PRD sumados, implica elaborar la crítica al sistema político y a la institución que se ha mantenido por más de 70 años en un proceso que algunos de sus ideólogos y defensores llaman *de cambio permanente...*, aunque críticos y observadores añaden: *para que nada cambie*. Los teóricos del PRI han difundido esa noción de transformación, argumentando que ese partido se perfecciona gradualmente, al igual que las instituciones de la República, por lo que no se requieren los cambios que se advierten en el horizonte.

Se mantiene la opinión de que el proceso de transición política se ha alargado más de lo conveniente. Lorenzo Meyer, por ejemplo, establece que: "ha sido una transición tan prolongada, que se gastó, se fatigó",¹⁴ manteniendo la expectativa

¹³ "La izquierda y las elecciones: democracia integral", en revista *Proceso* no. 1215, 13 de febrero de 2000.

¹⁴ Cfr. Suplemento "Bucareli 8". *El Universal*, 24 de octubre de 1999

de que el proceso concluya con las elecciones del 2000, o como menciona Jesús Silva Herzog-Márquez, a propósito de que el fenómeno está siendo tan citado que se ha vuelto un tema de investigación *per se*, y ya es común llamar los "transitólogos" a quienes se ocupan del tema.¹⁵

Aun cuando el asunto es de reciente reflexión, cabe citar que algunos autores consideran que el fenómeno puede ser rastreado desde el movimiento estudiantil de 1968, aunque otros ubican su inicio en la elección presidencial de 1988, una de las más cuestionadas en la historia reciente. Por lo anterior, cabe considerar cómo ha venido evolucionado el sistema político mexicano en relación con el accionar del partido en el poder y el avance de las fuerzas opositoras, pero además ubicar el hecho sociológico de su impacto en la sociedad.

La descripción de una "dictadura perfecta" sirve poco para explicar la realidad política que dominó casi 40 años, de 1929 a 1968. En ese año las manifestaciones estudiantiles fueron el inicio de un cambio en la percepción de las condiciones de la vida social, así como su relación con el poder y la fuerza del Estado. Estaba claro que el sistema de partido hegemónico había encontrado sus límites sociales. Las clases medias y los grupos urbanos empezaban a ser mayoría en el país, y su reclamo de modernización exigía libertades democráticas, una transformación cultural y política pendiente.

No existe una fecha precisa que marque el umbral de la transición, pero fue un momento trágico cuando el autoritarismo dio una de las más severas muestras de insensibilidad y agotamiento, incapaz de responder a las demandas de los nuevos ciudadanos. 1968 fue un punto de ruptura, un parteaguas. La sociedad y el gobierno tardaron todavía 20 años para debatir la transmisión del poder, aunque era previsible que para lograr el cambio eran necesarias una nueva clase política y nuevas instituciones: partidos políticos, organismos electorales y sindicatos

¹⁵ Jesús Silva Herzog Márquez. *El antiguo régimen y la transición en México*. Planeta/Joaquín Mortiz. México, 1999.

autónomos, organizaciones ciudadanas, académicos especializados, etcétera. Otra fecha significativa para fijar los preliminares de la transición fue la reforma política de 1977-1978. La entrada de los partidos de oposición, en particular la institucionalización de la izquierda comunista, permitió encaminar la democratización mexicana hacia el expediente del respeto al voto, centrando la discusión pública en el tema de las jornadas electorales.

La década de los ochenta es la época del forcejeo pluralista. 1988 es otra coyuntura, también identificada como el arranque de la transición, y aunque las sospechas de fraude electoral dejaron gran inconformidad, se había logrado lo principal; en adelante la discusión se centraría en las reglas y los acuerdos para una reforma electoral. La formación de un Instituto Federal Electoral autónomo refiere cómo se pudo dar fin a una etapa de choques en la que el proceso de cambio logró encontrar una respuesta al problema de la transmisión del poder y crear nuevos mecanismos para enfrentar el cambio de orden político.

Dentro del complejo esquema de transición mexicana, los comicios federales de 1994 y especialmente los de 1997 representaron avances sustantivos, impactando de manera particular en la transparencia de las elecciones, pues se revaloró el voto como el único mecanismo para asegurar la transmisión pacífica del poder, la alternancia de las fuerzas y una alta competitividad electoral, con la muchas veces cuestionada participación del IFE.

Lo anterior se ha visto reflejado en un incremento del peso específico de la oposición en relación con el PRI y un mayor equilibrio entre las fuerzas, aunque ese instituto político mantiene en la actualidad su calidad de partido mayoritario a escala nacional, pese a haber perdido la Presidencia de la República.

En este panorama se vislumbra la importante función que pueden llegar a desempeñar de manera creciente los partidos pequeños para que se diera la alternancia en el poder, así como la relevancia de la estrategia de la oposición

sobre la base de alianzas o coaliciones de partidos. Y en ese marco, en 1999 tanto el PAN como el PRD advirtieron —a su modo— tres escenarios que confrontarían al PRI: una alianza del PAN y PRD; el PAN y la suma de la votación que obtuvieron todos los partidos pequeños, y el PRD en esa misma consideración.

Estos escenarios muestran la importancia que para los partidos de oposición tenían las alianzas electorales con miras a la sucesión en el año 2000, tomando en cuenta que se esperaban resultados muy cerrados, en donde hasta un 1 por ciento podía ser determinante. Los escenarios descritos nos muestran que hay que considerar no sólo la unión entre los partidos grandes, sino también tomar en cuenta el valor estratégico de los pequeños.

Cabe señalar que de acuerdo con una de las propuestas de análisis la transición en México concluyó en 1997, cuando la oposición alcanzó la mayoría en la Cámara de Diputados, aunque para otros teóricos este fenómeno concluiría en el 2000, con la derrota del PRI en la elección presidencial, de acuerdo a las tendencias observadas desde entonces, apuesta a la que se sumaron de manera práctica tanto el PAN como el PRD. Silvia Gómez Tagle, en tanto, sugiere que en realidad los triunfos de la oposición en 1997 conforman el verdadero inicio de la transición.¹⁶

En este contexto, en estricto sentido, la transición en México implica la derrota del PRI, como lo sugiere entre tantos otros, el sociólogo norteamericano Seymour Martin Lipset: “para que exista en México un verdadero cambio democrático, el partido que mantiene desde hace más de 70 años el poder en el país deberá asumir su derrota y dar paso a un gobierno opositor”.¹⁷ El investigador norteamericano sostiene que —en aras del propósito descrito— una fácil solución para la alianza sería “una coalición temporal que no vaya más allá de dos años de

¹⁶ “Los signos de la transición en México”, en *El debate nacional*. Diana, México, 1999. P. 145 y ss.

¹⁷ *El Financiero* 5 de octubre de 1999.

gobierno, la cual tendría como primera misión derrotar al PRI, y en segundo término dedicarse a realizar una reestructuración de las instituciones políticas y electorales".¹⁸

Según Lipset, en el ánimo de afianzar el poder, "posteriormente se convocaría a nuevas elecciones para que todos los partidos puedan presentar sus propuestas económicas y sociales que formen el plan de gobierno para el sucesor".¹⁹

Sin embargo, el *facilismo* apreciable que se observa en los teóricos que investigan sobre el caso mexicano, conlleva problemas que es necesario superar pero que antes de ello es imprescindible se llegue a acuerdos mínimos, tanto para los principales actores políticos, como para los investigadores y analistas. La situación que se ha planteado en el marco electoral presupone haber asimilado un acuerdo mínimo entre las fuerzas políticas para establecer las bases de un nuevo entendimiento institucional y legal capaz de orientar la transición.

Hasta el primer tercio del año 2000, tal acuerdo no se había dado, en virtud de las condiciones en que se resolvió la nominación de la candidatura presidencial del PRI –que abrió un esquema de fuerte confrontación en ese instituto político– y los acontecimientos que derivaron en el desgaste de las campañas de Vicente Fox y Cuauhtémoc Cárdenas, lo que se ha podido constatar de manera pública en que esos candidatos debaten ante la opinión pública enfrentamientos que a la larga beneficiaron al panista, desde luego también por su enfrentamiento con el PRI.

En un singular proceso, las directivas del PAN y PRD -además de Vicente Fox y Cuauhtémoc Cárdenas- anunciaron la intención de formalizar una "gran" coalición electoral que propiciara la derrota del PRI en el 2000: "sacar a patadas al PRI de Los Pinos", aun cuando posteriores acciones y declaraciones de esos actores

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Ibidem.

políticos dieron al traste con tal pretensión a finales de 1999. Sin embargo, esos institutos políticos consolidaron alianzas con algunos de los llamados *partidos chicos*, por un lado la "Alianza por el Cambio" encabezada por Acción Nacional, y por otro la "Alianza por México", impulsada por el PRD.

De inmediato hubo abiertos pronunciamientos en torno a tal decisión, destacando una fervorosa multiplicación de buenas intenciones por parte de algunos analistas y editorialistas, dando muestra de un inoportuno triunfalismo que –tal como se vio– ignoró la imposibilidad práctica de un acuerdo de gran alcance entre esos dos partidos.

No sólo por su trayectoria y su perfil histórico era imposible que se consolidara un intento serio de coalición –permitida por la ley electoral–, sino por las características que se han venido advirtiendo tanto en el PAN como en el PRD, en donde se sabía de antemano el interés de Vicente Fox de alcanzar la nominación panista y de Cuauhtémoc Cárdenas, quien por tercera ocasión pretendió alcanzar la Presidencia de la República. Los rasgos de la personalidad política de esos dos personajes hacían imposible cualquier intento de alianza, además de las diferencias programáticas que cancelaron cualquier posibilidad.

2.1. Partido Revolucionario Institucional.

El sistema político mexicano está configurado en gran parte a partir del PRI como eje, y la transición tiene como propósito fundamental pasar de una etapa de abierto predominio del partido de Estado en un régimen presidencialista con poderes extra-constitucionales, para llegar a una más avanzada en donde se fortalezca el sistema de partidos, de manera más plural, competitiva y de mayor transparencia electoral.

Este partido, fundado en 1929 bajo la inspiración de Plutarco Elías Calles como síntesis y fundamento para la resolución de graves conflictos en el seno de los grupos armados triunfantes de la Revolución Mexicana, fue llamado originalmente Partido Nacional Revolucionario, sufriendo en pocos años dos transformaciones, la primera en el régimen de Lázaro Cárdenas y el cambio a su denominación como Partido de la Revolución Mexicana, la que durante en el sexenio de Miguel Alemán dio paso al actual Partido Revolucionario Institucional.

El PRI se había conformado en un aparato de control que logró imponerse de manera férrea a las disidencias y también sirvió también a los distintos Jefes de Ejecutivo para imponer a la sociedad una gran diversidad de modificaciones a la legislación, prácticamente sin oposición.

Se significó también por impulsar en el ámbito local las ambiciones de quienes se distinguieron por pulverizar cualquier vestigio de disidencia; coparticipe de las trapacerías que perpetraban en todo el país los caciques identificados con sus siglas, repentinamente se vio en la vorágine que significaron los cambios en los modos de hacer política ya en el contexto de las reformas de 1977, aunque sobre todo en el ámbito local fueron más marcadas las resistencias, mismas que prevalecen en muchas entidades hasta la actualidad.

La presencia y fortaleza de las organizaciones de masas en el escenario social, representadas por sus tres sectores: las confederaciones de Trabajadores de México, Nacional Campesina y Nacional de Organizaciones Populares, además de otras centrales —como la CROC y la CROM, entre otras— propiciaron se mantuviera la sumisión de amplios grupos sociales permanentemente sometidos, sin posibilidades de aspirar a una representación real y positiva de sus intereses.

Del mismo modo, cabe considerar que en la época de su mayor esplendor, el PRI aglutinó a muy diversas fuerzas al interior de sus sectores: desde las poderosas organizaciones de trabajadores petroleros, electricistas y de diversos ramos profesionales, hasta agrupaciones de taxistas y amas de casa, pasando por grupos de representación estudiantil, locatarios, colonos, actores, etc.; en fin, los segmentos que el corporativismo permitía aglutinar al interior del Revolucionario Institucional.

Destaca que, igualmente, se vincularon a ese instituto político *fuerzas liberales*, diversas logias de la masonería, que a escala nacional y no siempre de manera discreta figuraron activamente en los primeros planos de la política nacional, lo que de suyo pudiera constituir un interesante tema de investigación: los históricos vínculos de la masonería con los grupos de poder, desde la época de la Reforma en México.

Desde 1929 hasta 1985, el PRI había ejercido un poder hegemónico en donde ni sumadas todas las fuerzas podían haberle arrebatado el poder. Pero esa situación cambió radicalmente en 1988, cuando por primera vez confrontó al Frente Democrático Nacional y apenas logró superar a las fuerzas opositoras en su conjunto, en una muy discutida jornada. En las elecciones presidenciales de 1994 se generó un escenario distinto: el PAN y el PRD aliados no hubieran podido ganar; para lograrlo requerían la suma total de los partidos “pequeños” a manera de un amplio frente opositor.

Al arribo del neoliberalismo, el PRI se encontró con la fuerza que lo empujó fuera del escenario político nacional, en la consideración de ser ampliamente criticado tanto por sus prácticas corporativistas y evidentes traiciones al nacionalismo revolucionario, así como por las alianzas que a lo largo de su existencia estableció con autoritarismos despóticos y cacicazgos a lo largo y ancho de todo el país.

Al abandonar en la década de los 80 sus principales postulados, bajo el influjo de la tecnocracia, con el arribo de Miguel de la Madrid a la Presidencia de la República, el PRI vio descender gradualmente su influencia, situación que se consolidó en el sexenio de Carlos Salinas con las reformas constitucionales que, sumadas a las ejecutadas por su antecesor, dieron al traste con los postulados del nacionalismo revolucionario generando un creciente proceso desnacionalizador, situación que fue impuesta al PRI en los arranques autoritarios de la Presidencia de la República en manos de la tecnocracia.

En un recorrido histórico, es posible plantear que el PRI (como uno de los ejes del sistema político) ha pasado por tres etapas del poder político: partido hegemónico (1929 a 1976); partido único (1979 a 1985) y partido mayoritario (1988 a la fecha) y compite de forma más cerrada con el PAN y el PRD, compartiendo el poder en el ámbito local. Hasta antes del 2 de julio conservaba 21 gubernaturas, 15 capitales estatales y mil 400 municipios; aunque perdió en 1997 su hegemonía en la Cámara de diputados, mantiene la mayoría en el Senado de la República.

Es altamente significativo que José López Portillo declare con regular insistencia que él fue el último presidente del régimen de la Revolución, y que su gran error fue haber permitido el arribo de la tecnocracia al poder, según lo refirió en una amplia entrevista concedida al diario *El Sol de México*.²⁰ Pero también fue sintomático el pertinaz desprecio que demostró, posteriormente, ya como presidente el propio Miguel de la Madrid, en relación con Fidel Velázquez y su liderazgo en la CTM.

²⁰ *Sol de México*, 1º. de marzo de 2000, primera plana.

Después, Carlos Salinas de Gortari impulsaría en su sexenio la idea de un nuevo modelo gremial, la *nueva cultura laboral*, con el aval político de Francisco Hernández Juárez, en una abierta crítica al corporativismo del sindicalismo mexicano, con lo que ganó espacios importantes en el ánimo de una sociedad que siempre identificó a esa expresión de masas como una de las más negativas experiencias en el sindicalismo mexicano, con severos impactos en la sociedad, ganando también importantes simpatías entre analistas y teóricos que siempre habían criticado al corporativismo priísta.

1994 tiene muchos significados. Luego del asesinato de Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu, en un escenario de alta competencia en el que se iba a poner a prueba la solidez del PRI, y en medio de una campaña presidencial, la de Ernesto Zedillo, totalmente deshilvanada, fue reconocido su triunfo con los publicitados 17 millones de votos, sufragios que siempre se han atribuido al miedo subyacente en que derivó la muerte de quien fuera el *delfín* de Carlos Salinas, como el propio ex presidente lo explicó en alguna ocasión.

Las elecciones de 1997 presentaron a un PRD combativo, ahora con Cárdenas que había transferido sus aspiraciones al Distrito Federal, luego de que se reconociera el cambio de su *status* a Gobierno del Distrito Federal, fueron una importante coyuntura que reflejó también una presencia creciente del cardenismo en el país. Ocasión, también, en la que el PRI perdió la mayoría –y el control– del Congreso de la Unión.

En ese contexto de pleno retroceso, el PRI enfrentó el entorno de la sucesión presidencial, con un Presidente de la República que había anunciado la cancelación del “dedazo”, luego de que había anunciado una “sana distancia” con el PRI, y con el protagonismo de dos conspicuos políticos que no ocultaron su ambición: Manuel Bartlett Díaz y Roberto Madrazo Pintado, quienes desde los límites de sus estados anunciaron sus aspiraciones.

Además, se hablaba de las posibilidades de funcionarios de primera línea: Miguel Alemán, Juan Ramón de la Fuente, José Antonio González Fernández, José Angel Gurria Treviño, Esteban Moctezuma Barragán, Humberto Roque Villanueva y Francisco Labastida Ochoa, de entre quienes algunos dieron claras muestras de abierta indisciplina partidaria.

Todavía no concluía su periodo como gobernador de Puebla cuando Bartlett abiertamente admitió su interés, tarea a la que se dedicó de tiempo completo apenas entregó el gobierno estatal, dedicando sus esfuerzos a tratar de convencer a la opinión pública de que su opción era la única *democrática*.

El ex gobernador poblano acusó a su partido de favorecer a Francisco Labastida, quien –en ese momento– desde la Secretaría de Gobernación impulsaba el Programa Nacional de Seguridad, sin reconocer abiertamente sus aspiraciones. Al abandonar la gubernatura de Puebla, Bartlett impulsó su candidatura, teniendo tras sus espaldas el antecedente de haber convalidado la elección presidencial de 1988 y haber ejercido la gubernatura con graves rasgos de autoritarismo y antidemocracia.

Pese a ello, convocó a su partido y a la militancia a luchar por la democracia interna, en una táctica en la que hacía aparecer que se había convertido en un convencido demócrata pero que en realidad se constituía en la única opción para poder aspirar a la nominación presidencial.²¹

Lo anterior en el contexto de vacío que había provocado el propio Ernesto Zedillo con la complicidad de la directiva del PRI, que no acertaban a definir las reglas y el método para la selección del candidato, según la exigencia de distintos grupos de poder. Sin embargo, el arma real que esgrimió Bartlett fue la del chantaje y sugirió

²¹ Cfr. José Antonio Crespo. "Pese a él mismo, sólo la democracia interna haría de Bartlett candidato a la Presidencia". *Proceso* no. 1162. 7 de febrero de 1999.

que abandonaría las filas del priismo para sumarse a otro partido si no resultaba válido el proceso interno de selección del candidato, sumándose la actitud que tomó a los pronunciamientos de sus compañeros aspirantes, de criticar severamente al neoliberalismo para posicionarse mejor ante la opinión pública.

Otro elemento que fue mal visto lo constituyó la adhesión que recibió el poblano por parte de la CROC, encabezada por el reconocido *cacique* sindical Alberto Juárez Blancas, quien abiertamente se pronunció a favor de Bartlett y criticó a su partido por no haber aprobado como método la consulta abierta a las bases, además de haber amenazado con renunciar, junto con dos millones de croquistas, al PRI.²²

Pero quien dio mayores muestras de pretendida independencia fue Roberto Madrazo Pintado, calificando a su partido como antidemocrático y proclive al sinaloense. Atrinchero en Tabasco, desde 1998 impulsó una costosa campaña desde la esfera gubernamental con el agresivo "¿quién dijo que no se puede?", estrategia que le dio un significativo impulso, fortalecida cuando solicitó licencia al gobierno estatal y se presentó abiertamente como aspirante a la nominación presidencial.

Como antecedente, cabría citar que Madrazo fue implicado en un turbio escenario luego de su elección para gobernador en 1994, cuando se le acreditaron excesos en el financiamiento a su campaña, apoyada según se reportó en los medios en gran medida con recursos del banquero Carlos Cabal Peniche, además de recibir fondos gubernamentales y otros de procedencia incierta, lo que a la postre se convirtió en fuerte crítica a su protagonismo local y argumento preferido de sus enemigos, tanto a escala local como a escala nacional, cuando decidió impulsar su campaña con una estrategia de agresividad sin igual contra Labastida.

²² Cfr. Guillermo Correa. "La caballada está gorda, pero el bueno es Bartlett" *Proceso* no. 1162. 7 de febrero de 1999

En un proceso altamente cuestionado, el PRI decidió elegir, en consulta a las bases, a su candidato presidencial generando amplios cuestionamientos y la incredulidad de segmentos importantes, no sólo de la oposición, sino también de sectores independientes y de la academia, lo que fue calificado como una farsa al señalar la captación de 10 millones de votos en el país y que dio como resultado la victoria de Francisco Labastida, quien de manera discreta llevó a cabo su propia campaña desde la Secretaría de Gobernación impulsando como principal bandera el Programa Nacional de Seguridad, aunque con críticas y cuestionamientos pues no ofreció resultados satisfactorios sobre el conflicto en Chiapas y la huelga en la UNAM, entre otros relevantes problemas.

El triunfo de Francisco Labastida, sin embargo, permitió advertir –en otro contexto– que el PRI se dispuso a nominar candidato a un “político” para las elecciones del 2000, a diferencia de los tres procesos anteriores en que resultaron candidatos Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo. Ni Manuel Bartlett, Roberto Madrazo ni Francisco Labastida mantuvieron el perfil de “tecnócratas”, contra quienes en septiembre de 1996 los delegados a la XVII Asamblea Nacional del PRI crearon los “candados”, los requisitos que deberán satisfacer quienes pretendan la candidatura presidencial.

En algún momento la implantación de esas condiciones fue interpretada como una reacción de los militantes priistas –crecientemente derrotados en las urnas y con frecuencia desplazados de la administración– en contra de los últimos tres mandatarios mexicanos, quienes ocuparon la Presidencia de la República sin haber tenido antes cargos de elección popular, e impulsaron a partir de Miguel de la Madrid el modelo neoliberal.

Pero el proceso interno priista tuvo otros ingredientes, que van desde la ambición de Bartlett y Madrazo hasta los escándalos ocurridos en algunos estados del país por las abiertas preferencias de los gobernadores a Francisco Labastida: Ernesto Zedillo delegó en los militantes del PRI la facultad de elegir candidato presidencial

(la "amputación" del dedo presidencial); la elección de José Antonio González Fernández en la dirigencia nacional, que desató una tormenta por la beligerancia de la llamada "Corriente Renovadora"; el diseño de la propaganda de la contienda, en donde destacó la agresividad de las propuestas de Roberto Madrazo.

Igualmente, contaron el creciente ánimo belicoso y descalificador entre Bartlett, Madrazo y Roque contra Labastida; no valdría el total de votos ganados, sino la cantidad de distritos a favor, de los 300 en que está dividida la geografía electoral; la pasividad de Fernando Gutiérrez Barrios, árbitro de la contienda; las exorbitantes cifras de las campañas; el debate del mes de septiembre de 1999, en que los cuatro coincidieron en criticar la política económica, además de la vulgarización de las campañas, al haber aceptado participar en varios programas de televisión en los que sirvieron de "patifño" a cómicos.

Pero sin embargo, ocurrió un hecho singular: la abierta contienda de los cuatro precandidatos desplazó del escenario nacional a todos los demás actores políticos. La atención de la sociedad estuvo puesta durante meses en las palabras, poses y desplantes de los priistas, dejando de lado las actitudes protagónicas de Vicente Fox y la usual frialdad de Cuauhtémoc Cárdenas.

Ese, quizá fue el valor de la contienda interna: la recuperación de importantes espacios informativos en manos de la oposición. No importaba lo que hablaran o prometieran los precandidatos, lo verdaderamente importante fue que los otros protagonistas fueron desplazados del escenario, aunque fuese de manera momentánea.

Luego del 7 de noviembre, en medio de la incredulidad de la opinión pública por la cantidad de votos que dijeron haber captado en la jornada electoral y las burlas de analistas y colaboradores de algunos medios de comunicación afines a la oposición, Labastida se erigió en un candidato que fue cuestionado por su estrategia electoral; según su equipo todo estaba calculado así, aunque siempre

fue evidente –según refirieron los medios- que en la campaña hubo serias desavenencias entre sus principales apoyos: Esteban Moctezuma y Emilio Gamboa, lo que se reflejó en la efectividad de su campaña, su escasa penetración y reducido impacto no sólo ante la opinión pública, sino entre la ciudadanía, con un ingrediente adicional que –aunque impreciso- siempre estimuló el espíritu de competencia y controversia entre los actores políticos desde que arrancó abiertamente el proceso en 1997: las encuestas electorales.

En algunos medios y en ciertos círculos existió siempre la certidumbre de que el proceso interno priísta y la nominación de su candidato fue una comedia que derivó en farsa, que también permitió la autocomplacencia de los priístas y su partido y, a final de cuentas, propició postular un candidato al gusto del entonces primer priísta y Presidente de la República.

2.2. Partido Acción Nacional.

Vicente Fox Quesada ha declarado abiertamente que se dedicó a la actividad política por influencia e invitación directa de Manuel de Jesús Clouthier, quien en 1988 junto con Cuauhtémoc Cárdenas alcanzara a cimbrar la estructura del sistema político mexicano, en el episodio de la historia contemporánea más difícil que le ha tocado vivir a México. Pero los antecedentes más vivos del activismo panista se remontan a los inicios de la década de los 80, cuando encabezó las protestas de ciudadanos inconformes, a quienes hizo un llamado a la desobediencia civil en estados del norte del país, en donde se ubica la génesis de los "Bárbaros del Norte", mote autoimpuesto por una nueva generación de panistas pragmáticos, distinta con mucho de la corriente ortodoxa.

A escala nacional, luego de la aplicación de importantes *recortes* al gasto social, la eliminación de subsidios y otras políticas restrictivas del gobierno de Miguel de la Madrid, no tardaron en aparecer las primeras muestras de descontento. Esas expresiones fueron abanderadas por el Partido Acción Nacional en un fenómeno que fue foro de un nuevo tipo de militantes y dirigentes panistas.

Encabezados por los "Bárbaros del Norte", la inconformidad recibió un fuerte impulso, precisamente en esa región, con importantes oleadas que dieron forma a la protesta social. Como efecto de lo anterior, en los comicios locales de 1983 en Chihuahua el PAN conquistó las alcaldías más importantes (la ciudad capital y Ciudad Juárez) y casi la mitad de las diputaciones locales, tendencia que se consolidó con el triunfo opositor en las capitales de San Luis Potosí y Durango, observándose importantes avances en Coahuila, Sonora y Nuevo León.

El PAN también ganó la gubernatura de Baja California, abriendo paso a una importante sucesión de victorias en el ámbito estatal y municipal en los que destacan importantes capitales, sumando hasta 1999 Aguascalientes, Baja California, Guanajuato, Jalisco, Nuevo León y Querétaro. En fechas recientes,

impulsó la candidatura vencedora al gobierno de Nayarit, en una singular alianza con el PRD y el PT, además de un partido local a favor de un ex priísta.

En Guanajuato, en la efervescencia de las más airadas críticas al salinismo, se llevó a cabo una escandalosa *concertación*, en una elección para gobernador en la que resultó ganador Ramón Aguirre Velázquez –que había contendido precisamente contra Vicente Fox- pero que no acudió a tomar protesta como gobernador ceder el paso a Carlos Medina Plascencia, y no a Fox, propiciando que seis años después asumiera la gubernatura en una actitud política de la que mucho se habló de una herencia, quien ahora encabeza la Alianza por el Cambio.

En julio de 1997 empezó el activismo de Vicente Fox, quien arropado en una costosa campaña auspiciada por una organización autónoma de Acción Nacional, los "Amigos de Fox", desplegó a escala nacional sus aspiraciones.

El abierto protagonismo del aún gobernador como aspirante a la candidatura presidencial propició la previsible ruptura del intento de alianza con el PRD, en una explosiva combinación con la personalidad de Cuauhtémoc Cárdenas, quien a lo largo de 1999 cuestionó severamente la capacidad política de Fox. Superado el difícil trance de romper con el perredismo, Acción Nacional accedió a los requerimientos del Partido Verde Ecologista de México, instituto político que también vio cuestionada su integridad ante las autoridades del IFE por manejos poco transparentes de las prerrogativas otorgadas por esa autoridad electoral.

Para el análisis, la etapa que ha empezado a vivir México requiere de mayores definiciones, sobre todo en cuanto al perfil del nuevo gobierno. El halo con el que los publicistas de la administración foxista han difundido su imagen pública cubre sin mayor pudor los nexos entre el nuevo gobierno y los intereses de diversos grupos del empresariado mexicano, así como su filiación ideológico – política, que permite advertir la avanzada de la derecha en esta fase y su fuerte compromiso con la tendencia dominante del capitalismo norteamericano.

No obstante, han surgido algunos datos que arrojan luces sobre los nexos del gobierno con grupos católicos de extrema derecha. Un documento de Eugenia Jiménez Cáliz, publicado en el diario Milenio,²³ ofrece datos precisos de algunos de los personajes -vinculados con grupos clericales de extrema derecha del país- que han ocupado relevantes posiciones:

... Carlos Abascal Carranza, en la STPS; Guillermo Velazco Arzac, en la SSP; Ana Teresa Aranda, directora del DIF; José de Jesús Castellanos, director de la Unidad de Enlace de la Sedesol; Antonio Sánchez Díaz de Rivera, subsecretario de la Sedesol; Lorenzo Gómez Morín, subsecretario de la SEP; Gerardo Mosqueda Martínez, director general en la STPS, emergieron de grupos católicos de extrema derecha.

Integrantes de El Yunque, el MURO, Frente Universitario Anticomunista (Fuas), Desarrollo Humano Integral y Acción Ciudadana (Dhiac), Unión Nacional de Padres de Familia, Asociación Nacional Cívica Femenina (Ancifem) y Testimonio y Esperanza, ascendieron al poder al llegar el Partido Acción Nacional a la presidencia de la República. (Igualmente se encuentran entre sus seguidores a militantes de Provida).

Al igual que Ramón Martín Huerta, subsecretario de Gobernación; Carlos Flores Alcocer, encargado de la oficina presidencial para la Planeación estratégica y el Desarrollo Regional; Ramón Muñoz, director de Innovación Gubernamental de la Presidencia y Marta Sahagún, vocera presidencial, que acompañan al actual mandatario desde su gobierno en Guanajuato, han estado vinculados con grupos de la derecha católica, como los Legionarios de Cristo y la Asociación Católica de la Juventud Mexicana.

²³ Jiménez Cáliz, Eugenia. "Empresarios y cruzados, la derecha que gobierna con Fox". Milenio diario, 7 de marzo de 2001.

Destaca que de manera más abierta se ha advertido la relación entre el nuevo gobierno y el sector empresarial, "... de donde reciben apoyo económico para sus actividades. Tienen en la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex) y en el Centro de Estudios Económicos del Sector Privado (CEESP) a sus principales ideólogos, entre ellos a Federico Müggenburg"²⁴, personaje vinculado a las autoridades de El Vaticano.

El reporte firmado por Jiménez Cáliz refiere, además, que "Entre los empresarios donadores de recursos destacan Lorenzo Servitje Sendra, dueño de Bimbo; José Barroso Chávez, socio mayoritario de la cerillera La Central, presidente de los Caballeros de Malta y ex director de la Cruz Roja; Alfonso Romo, presidente del Grupo Pulsar."²⁵

²⁴ Idem.

²⁵ Ibid.

2.3. Partido de la Revolución Democrática.

Los antecedentes del Partido de la Revolución Democrática pueden rastrearse fácilmente: como reflejo de la inconformidad por el proyecto económico y político que impulsó Miguel de la Madrid desde 1982, en la perspectiva de la sucesión presidencial algunos destacados priistas como Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo formaron al interior de su partido una corriente interna a la que denominaron "Movimiento de Renovación Democrática".

Esta corriente se inició formalmente el 1 de octubre de 1986, con la difusión del "Documento No. 1", suscrito por Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez, Carlos Tello, César Buenrostro, Janitzio Mújica, Armando Labra, y Leonel Durán, entre otros, cuya propuesta era impedir la continuidad del modelo económico que estaba aplicando el Gobierno Federal.

Posteriormente esta agrupación adoptó la denominación de "Corriente Democrática", destacando al frente Cuauhtémoc Cárdenas, quien fue postulado como precandidato a la Presidencia de la República en julio de 1987. Pero la dirigencia nacional del PRI lo excluyó de la selección de los seis precandidatos que anunció, entre ellos el que fuera candidato presidencial, Carlos Salinas de Gortari. Ante esto, Cárdenas aceptó contender bajo las siglas del PARM, siendo expulsado del PRI junto con los principales integrantes de la llamada Corriente Democrática.

En torno a la candidatura de Cárdenas, se establecieron diversas alianzas, constituyéndose el Frente Democrático Nacional, que ya con las características de un frente amplio aglutinó a tres grandes fuerzas políticas:

1. Corriente Democrática. Formada por la escisión del PRI en 1986-1987 ya mencionada.

2. Los partidos que tradicionalmente se aliaban al PRI: PARM (creado en 1954 por ex militares cercanos al Gobierno); PFCRN (denominación que en noviembre 1987 tomó el PST, de Rafael Aguilar Talamantes), y el PPS (que en 1960 adoptó este nombre, ya que surgió en 1948 como Partido Popular), principalmente.

3. El Partido Mexicano Socialista, fundado en 1987 luego de la fusión de las agrupaciones Partido Patriótico Revolucionario, Unidad de Izquierda Comunista y el antiguo Partido Socialista Unificado de México, que aglutinaban de manera organizada y legal a buena parte de la izquierda mexicana; destaca que el PMS en un principio había postulado para esa elección a Heberto Castillo, quien más tarde declinara a favor de Cárdenas para la elección presidencial.

El Frente Democrático Nacional resultó ser la coalición más amplia de lo que se podía considerar como "la izquierda mexicana" en contra del PRI de todos los tiempos, al encasar los comicios del 6 de julio de 1988, con el 30 % de la votación nacional a su favor, lo que le permitió alcanzar 20 diputaciones de mayoría relativa y 110 de representación proporcional, situándose como la segunda fuerza política del país.

Existen discrepancias sobre el número de afiliados al PRD, en virtud de la inexistencia de un padrón de su militancia, lo que prevalece en otros institutos políticos –incluidos el PAN y el PRI–; no obstante, sus simpatías pueden ubicarse entre diversos sectores (estudiantes y profesores universitarios, amas de casa, grupos de diversa preferencia sexual, algunas agrupaciones de taxistas, colonos, vendedores ambulantes, vecinos y damnificados, etc.), además de la membresía de las organizaciones que lo constituyeron.

Concluido el proceso electoral de 1988, Cárdenas convocó a todos los partidos y organizaciones sociales a formar un gran partido que aspiraba a presentar de

manera favorable un mejor frente, conformándose el Partido de la Revolución Democrática, con la Corriente Democrática de los ex priistas y los integrantes del PMS y se constituyó legalmente el 5 de mayo de 1989, con el registro del Partido Mexicano Socialista, en tanto que el PPS, PARM Y PFCRN se apartaron.

En el proceso electoral federal de 1991, para renovar el poder legislativo, el PRD participó obteniendo el 8% de la votación nacional, alcanzando 41 curules de representación proporcional. En el proceso electoral presidencial de 1994 contendió nuevamente Cárdenas, obteniendo un 16% de la votación nacional, logrando siete diputaciones de mayoría relativa y 64 de representación proporcional, situándose esta vez como la tercera fuerza política del País. En el proceso electoral de 1997 el PRD logró el 25% de la votación nacional ganando 70 diputaciones de mayoría relativa y 55 de representación proporcional sumando 125 curules, ubicándose en la segunda posición nacional.

El logro más importante que ha obtenido el PRD fue en el año de 1997, al ganar la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, obteniendo 38 de las 40 diputaciones de mayoría relativa, lo que lo convirtió en mayoría absoluta en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, dado que la oposición en conjunto mantuvo únicamente dos diputados de mayoría relativa y 25 de representación proporcional. En el 2000 repitió con Andrés Manuel López Obrador, aunque con una composición distinta, dado que algunas de las Delegaciones fueron ganadas por panistas, al igual que diputaciones locales.

Alcanzó su primera gubernatura en 1998 en el Estado de Zacatecas al haber postulado como candidato al ex priista Ricardo Monreal, quien al no lograr la nominación por su antiguo partido aceptó contender bajo las siglas del PT-PRD, con lo que ganó la elección dada su presencia y aceptación local.

Para nadie fue secreto que el proyecto personal de Cuauhtémoc Cárdenas -que entremezclaba lo que parecía un real proyecto de nación con lo que para muchos

es una marcada ambición personal- incluía volver a contender por la Presidencia de la República, en una carrera que había comenzado desde su salida del PRI en 1987 y que había hecho un par de escalas: la primera cuando tras la muy cuestionada derrota de 1988 propició la fundación del PRD y la segunda cuando en la vorágine del potencial desarrollado por su liderazgo al frente de su partido logró ganar la elección para Jefe de Gobierno en 1997, en una contienda que también permitió arrancar al PRI la mayoría absoluta en el Congreso.

Tampoco sorprendió a nadie cuando solicitó licencia al cargo para prepararse a contender nuevamente, tras un tenso proceso interno en donde enfrentó la desafiante firmeza, con visos de futura ruptura, de Porfirio Muñoz Ledo, además de constatar las severas divisiones que propiciaron que en los procesos de renovación aparecieran signos inequívocos de una crisis. Lo anterior fue evidente durante las elecciones internas, que arrojaron saldos negativos tanto a escala nacional como en los comicios del Distrito Federal.

A fines de septiembre de 1999 Cárdenas inició su tercera campaña electoral por la Presidencia de la República, en un contexto que sus seguidores calificaron de positivo, dado que "el aparato oficial se encuentra debilitado, desarticulado, mientras que, por otro lado, el factor Fox se caerá por su propio peso".²⁶

Luego del fracaso de los múltiples intentos por consolidar la "gran alianza opositora" entre el PAN y el PRD, se constituyó, después de negociaciones iniciales, la denominada "Alianza por México" teniendo como eje al PRD y a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato presidencial, en un arduo tránsito que se vio entorpecido por la discusión sobre el número de candidaturas que se otorgarían, fundamentalmente al Partido del Trabajo.

²⁶ "Cambio con estabilidad", la imagen de Cárdenas en su tercera campaña presidencial". Revista *Proceso* no. 1195, 26 de septiembre de 1999.

2.4. Previsible la imposibilidad de una Gran Alianza.

La alianza entre las dos principales fuerzas de la oposición política en México, anunciada con gran despliegue promocional en los medios de comunicación desde mediados de 1998, generó entre analistas afines al PRI y en el panorama político nacional, espacios de una mezcla de inquietud e incertidumbre; pero fue más en los medios de comunicación en donde se dio amplia cobertura a esa especie, sin ponderar las reales posibilidades de tal propuesta: "La alianza, arranque de la transición democrática".²⁷

Aun cuando diversas encuestas y estudios de opinión lo colocaban por debajo de Vicente Fox y Francisco Labastida —e incluso de Roberto Madrazo—, los seguidores de Cuauhtémoc Cárdenas mantuvieron las expectativas de repetir la intensidad de 1988 y la eficacia de 1997. Carlos Imaz y Pablo Moctezuma Barragán coincidieron en la percepción de que el candidato perredista había "concentrado un capital político acumulado durante más de una década de recorrer el país", lo que pudiera propiciar entonces —a su modo de ver— un posicionamiento significativo con amplias probabilidades de ganar la elección presidencial del 2000.²⁸

Por un lado, tanto Cuauhtémoc Cárdenas como Vicente Fox animaron el ambiente cuando aceptaron esa eventualidad, desde 1997 y dieron paso a la especulación cuando las fuerzas políticas que representaban entraron en un debate acerca de los mecanismos para esa coalición, convencidos de sus propias posibilidades de encabezar el esfuerzo común que en cierto momento adquirió rasgos de oportunismo y hasta claudicación de principios y plataformas políticas que cada uno de esos institutos políticos enarbola.

Pero la política mexicana tiene vericuetos inexplorados que a veces es permitido atisbar, tal como lo refiere la revista *Proceso*,²⁹ que en un reportaje de Pascal

²⁷ Cfr. *La Crisis*, no. 188 7-13 de agosto de 1999.

²⁸ Revista *Proceso* no. 1195, 26 de septiembre de 1999.

²⁹ *Ibidem*.

Beltrán del Río, Antonio Jáquez y María Scherer Ibarra documenta que según personalidades allegadas a Cuauhtémoc Cárdenas y Vicente Fox, ambos suscribieron un acuerdo político, "conforme al cual el guanajuatense expresaría públicamente su apoyo al candidato del PRD; en reciprocidad... Fox alcanzaría una posición de liderazgo en el Congreso e incluso ejercería una especie de vicepresidencia en caso de que Cárdenas llegara a Los Pinos".

Tales encuentros fueron negados por ambos personajes, pero esa revista y algunos testimonios revelaron incluso parte de los acuerdos alcanzados, lo que permite advertir que si bien hoy Vicente Fox y Cuauhtémoc Cárdenas mantienen irresolubles sus desencuentros, hace algunos años la ambición política propició que llegaran a tratos hoy inexplicables, de acuerdo a la animadversión que se manifestaron mutuamente al calor de la campaña.

Pero más allá de la especificidad de tales acuerdos, cabe destacar la serie de dificultades que impidieron la posibilidad de una amplia alianza opositora, más allá de los pronunciamientos programáticos partidarios, de sus respectivos planes de acción y sus documentos básicos, que en esencia deberían ser los verdaderos obstáculos en el camino a la democratización no sólo del país, sino de los propios partidos políticos.

Por un lado resaltó el febril afán de Vicente Fox por arribar a posiciones de poder; por ello cabe recordar que en Guanajuato vio postergada su ilusión de gobernar por el episodio que dio origen a las *concertaciones*, en la elección de 1991 en la que contendió contra Ramón Aguirre, con la posterior declinación de éste —ya como gobernador electo— y la designación de un gobernador interino en la persona de Carlos Medina Plascencia. Vicente Fox años después pasaría a ocupar las primeras planas de los diarios como efecto de su desbordado activismo por alcanzar la primera magistratura, impulsado por "los amigos de Fox", incluso por sobre su propio partido, como fue abundantemente señalado.

Como antecedente, cabe recordar que para las elecciones de 1991, se manifestaron esfuerzos unitarios, respaldando la candidatura de Salvador Nava para el gobierno de San Luis Potosí. Nava fue apoyado por una coalición formada por los partidos Acción Nacional, de la Revolución Democrática y Demócrata Mexicano, así como por el Frente Cívico Potosino. Para entonces, en el caso de Guanajuato, según Graco Ramírez Garrido Abreu,³⁰ en el PRD se abrió paso a aceptar la conformación de una alianza con el PAN, "pero Porfirio Muñoz Ledo se 'obsesionó' en ser el candidato perredista e impidió que avanzara el intento de unidad".

Los resultados electorales fueron adversos para la oposición, y sin embargo en San Luis Potosí y Guanajuato se desataron movimientos de protesta. Cayó Ramón Aguirre y asumió el poder Carlos Medina Plascencia, en tanto que en San Luis Potosí Salvador Nava se declaró en resistencia contra la asunción del priísta Fausto Zapata y decidió marchar a la ciudad de México. De la resolución en Guanajuato hubo mucha insatisfacción, notoriamente la de Vicente Fox. De esas fechas data el distanciamiento de Fox con Diego Fernández de Cevallos, que en más de un sentido tiene rasgos de abierto encono en donde resalta la disciplina partidaria de un viejo militante contra el oportunismo y el avasallamiento de toda una estructura partidaria.

Las descalificaciones mutuas entre Fox y Cárdenas tenían mar de fondo, lo que se encargó de puntualizar éste, refiriendo las grandes diferencias y exigiendo a Fox la confrontación de los dos proyectos que en campaña impulsaron, enfatizando en las abiertas contradicciones del panista y sus pretensiones de apoyar de manera soterrada el modelo neoliberal, con la venta de Pemex y la CFE, entre otras medidas no anunciadas, además de sus advertencias sobre la política fiscal.

³⁰ Cfr. *Proceso*, 1192, 26 de septiembre de 1999; p. 9

Sin embargo, otros actores aseguran que no hay un distanciamiento entre ellos, sino "... una rivalidad natural de dos personas que quieren concluir la transición".³¹

³¹ Cfr. *Proceso*, no. 1195, 26 de septiembre de 1999, refiriendo palabras del senador panista Emilio Goicoechea.

Capítulo 3. Efectos en la sociedad.

Uno de los perfiles de este trabajo radicó en observar el entorno de las posibilidades de una amplia alianza electoral entre el PAN y el PRD para la elección presidencial del 2000, eventualidad que por los distintos perfiles ideológicos estuvo destinada al fracaso, no tanto por los rasgos personales de los actores políticos, sino también por los intereses que representan, de las distintas historias de las principales formaciones políticas de la oposición en México: una, emanada de la defensa del nacionalismo revolucionario, con una raigambre profundamente cardenista y la otra surgida como alternativa de protesta a las reformas que impulsara decididamente el presidente Lázaro Cárdenas.

En momentos previos al 2 de julio se advertía que la coyuntura de la sucesión presidencial podía generar escenarios favorables para la movilización, a favor de los candidatos opositores; en otro orden, por la misma razón, había la necesidad de reiterar el llamado a mantener la cordura y la responsabilidad, para evitar abiertas confrontaciones que hubieran derivado en problemas de gobernabilidad.

Además de cuestionar y criticar al régimen priísta, aún muy poco antes de las elecciones federales del 2 de julio seguían ventilándose en los medios los mutuos ataques que tanto Cárdenas como Fox se lanzaban en defensa de sus proyectos; aquél insistía sobre la incongruencia de las palabras del panista y sus frecuentes contradicciones: en campaña, en Villa de Ayala, Morelos, a propósito del aniversario luctuoso de Emiliano Zapata el 10 de abril, Cuauhtémoc Cárdenas "reiteraba su negativa de declinar a favor de la candidatura de Vicente Fox. También rechazó 'las falaces invitaciones' del guanajuatense sobre la alternancia en el poder, por no estar de acuerdo con sus profundas incongruencias".³²

³² *El Financiero*, 11 de abril de 2000.

En la delimitación y análisis del asunto, principalmente se puede mencionar como factor fundamental el que ambos proyectos son irreconciliables y excluyentes entre sí, que así pueden expresarse de manera sintética: "... Cárdenas representa a la 'izquierda democrática', con algunos tintes de caudillismo, mientras que Fox es la derecha populista, también caudillista, que se comió a la derecha democrática representada por el PAN histórico", opinión del columnista Matías Pascal puntualizando acerca de las imposibilidades de tal intención por las graves diferencias entre uno y otro candidatos, pero que resumía el fondo real de ambas posiciones.³³

A fines de septiembre de 1999 se le dio sepultura a la intención de integrar una fuerza homogénea, que fue laboriosamente gestada por un amplio abanico de actores políticos, con la abierta simpatía de los medios de comunicación, dando paso a un abierto *coqueteo* del PAN y PRD por arropar a los partidos que recién habían surgido a la luz pública, lo que implicó la integración de sus respectivos presupuestos electorales que para fines de campaña entregó el Instituto Federal Electoral (IFE).

Destaca el caso de Acción Nacional, que aceptó coaligarse con el Partido Verde Ecologista de México para constituir la Alianza por el Cambio. Pero resalta que en esa coalición el instituto político que buscó la alianza fue el PVEM, partido envuelto en un escándalo por malos manejos administrativos de sus prerrogativas, lo que llevó a especular con posibles sanciones que pudieron haber derivado en escenarios mucho más complicados para su posterior sobrevivencia, dadas las sanciones esperadas por sus opositores, aún aquellos surgidos de diferencias domésticas dentro del propio PVEM.

Por otro lado, fue claro que los partidos que se aliaron al PRD lo hicieron con la intención de conservar su registro, como los evidentes casos de los partidos de la Alianza Social, Convergencia por la Democracia y de la Sociedad Nacionalista. El

³³ Pascal, Matías, columna "Póker político". Uno más Uno, p. 8, 17 de abril de 2000.

Partido del Trabajo se cuenta aparte, pues ha alcanzado a lo largo de su historia electoral su permanencia y superar el 2 por ciento que ahora se requiere para conservar el registro como partido político. Los antecedentes del PT, vinculados con la familia Salinas de Gortari que han generado un sin fin de cuestionamientos y críticas, no son materia de esta investigación.

En este entorno cabe hacer un paréntesis para evaluar el razonamiento que prevaleció en torno a las alianzas, desde que esa idea se incorporó al discurso de la transición: a través de encuestas se estimó que el PRI alcanzaría aproximadamente 40 por ciento de la votación, el PAN 30 ó 35 y el PRD 12 ó 15, con lo que los votos opositores alcanzarían a derrotar al tricolor, en un juego de sumatorias que fue ampliamente difundido. Pero ese es el interés del que se partió para consolidar la alianza, no a partir de un programa de gobierno alterno, sino a partir de las cuentas alegres que hicieron el PAN y el PRD, en la fase argumentativa anterior a la celebración del primer debate el 25 de abril entre los seis candidatos, cuando se observó su inviabilidad pese a la convocatoria de Vicente Fox por el "voto útil".

A propósito de esta reflexión, cabe citar a Carlos Fuentes: "la factibilidad de un frente de semejante naturaleza (la propia coalición) no descansa en la simple idea de reunirse para derrocar al PRI; al contrario, esas fuerzas deben sumarse en torno de un proyecto distinto de nación".³⁴

Fox, en el colmo del mimetismo, en campaña propuso gobernar con el ideario de Cárdenas, como condición para sumar la intención del voto tradicionalmente perredista, y así lo dijo el 29 de abril de 2000. El candidato de la Alianza por México, a su vez, rechazó esa posibilidad puntualizando que ni en 1988 ni en 1997 necesitaron del voto panista para alcanzar los resultados obtenidos.

³⁴ "Ni Cárdenas ni Fox pueden ser candidato de unidad; una alianza sólo es factible con un proyecto distinto de nación". En revista *Proceso* no. 1167, 14 de marzo de 2000.

En opinión del articulista Manuel Villa, del diario *El Financiero*, "el cambio al cual estamos asistiendo ha sido en términos de la competencia electoral partidocrática

y la ampliación de oportunidades electorales para sus miembros, así como de apertura de espacios de opinión para sectores de la intelectualidad, lo que no es desdeñable... pero con eso se han conformado los democratizadores, quienes ahora sólo quieren que algún partido opositor gane la elección presidencial".³⁵

Según Villa, la insuficiencia de la transición a la democracia ha dejado como saldo que "lo único que cada vez está más claro para el ciudadano, es que la llamada transición democrática resultó ser... una forma de encubrir intereses y de ocultar el verdadero carácter de los cambios, a la vez que una meta deseada pero no ajustada a las necesidades reales".³⁶

Los resultados electorales, con la contundencia expresada la noche misma de la elección, contaron con un elemento más: tranquilidad de los mercados financiero y cambiario, estabilidad en el ambiente político y social, además de la desazón natural entre las filas del priísmo, con una previsible escisión que no se había consolidado hasta el 15 de septiembre pero que permeaba con la anunciada intención de Francisco Labastida de impulsar una fundación alterna a su partido.

No obstante el clima que se había observado, se dieron muestras de las viejas formas priistas de dirimir controversias en el municipio de Chimalhuacán, estado de México, con un enfrentamiento que por diferencias post electorales dejó un saldo de una decena de muertos y muchos heridos, provocado por la beligerancia de los cacicazgos locales auspiciados largamente por autoridades estatales y federales.

Los resultados de la elección presidencial refirieron una ventaja –mínima- para Vicente Fox por sobre Francisco Labastida: de un total de 37'601,618 votos emitidos, 15'989,636 fueron para el candidato de la Alianza por el Cambio en tanto que 13'579,718 se contabilizaron al priista. En términos relativos, Fox resultó

³⁵ Villa Manuel. "La insuficiente transición". *El Financiero*, 25 de Abril de 2000.

³⁶ *Ibid.*

presidente con el 42.52% de los votos contra 36.11% de Labastida Ochoa. Al margen queda la estimación de los índices de abstención, lo que reflejaría otro perfil para el análisis. El total del padrón para ese entonces era de más de 60 millones de ciudadanos.

No obstante el panorama de tranquilidad que se percibió al conocerse la victoria de Vicente Fox, quedó pendiente para el corto plazo la negociación en materia legislativa, dada la composición del Congreso de la Unión. De un somero examen de las iniciativas presentadas por el equipo de campaña foxista, se puede advertir que la mayoría de ellas tendrá que convertirse en iniciativas de ley, que deberán discutirse y en su caso aprobarse en las cámaras de diputados y senadores.

Las dos propuestas principales formuladas por los coordinadores de las áreas económicas y de seguridad (la eliminación de la tasa cero del IVA para medicinas y alimentos y el recorte de facultades en materia de seguridad a la Secretaría de Gobernación), requieren de una amplia reforma legal. Por lo tanto, la preocupación fundamental del nuevo gobierno es: asegurar en las cámaras una mayoría que permita llevar adelante las iniciativas del Ejecutivo, obteniendo las mayorías formales que cada caso requiera. Así, la Alianza por el Cambio –con 223 diputados y 51 senadores, cifra dada a conocer en agosto de ese año-, tendrá que negociar con los 210 diputados y 60 senadores del PRI.

En esa pugna, deberán considerarse las 67 diputaciones perredistas y de sus aliados y sus 17 senadurías, con lo que el panorama tendrá un sesgo eminentemente parlamentario en el que las negociaciones deberán darse entre las tres principales fuerzas políticas.

El perfil que se advierte en el nuevo gobierno -por las alianzas observadas y los compromisos con sus patrocinadores, entre los que se incluyen intereses norteamericanos y sus correspondientes apoyos, por parte de una amplia gama de empresarios mexicanos-, es el de un modelo orientado a integrarse de manera

más comprometida al entorno de la globalización, con el acceso de una nueva élite con la ambición de consolidar su presencia en el mercado, y que tiene la pretensión de impulsar proyectos de internacionalización de capitales, como ha ocurrido con las diversas empresas de Carlos Slim en otros países.

Con el mantenimiento del modelo económico, cabe mencionar que aún permanecen poco claras las identidades que impulsaron la campaña de Vicente Fox, pero es posible expresar que dentro de los "amigos de Fox" se encuentran segmentos de la empresa Coca Cola, el Partido Republicano de Estados Unidos, la Secta Moon, entre otros sólidos intereses en el vecino país, como lo han revelado los medios de comunicación en varias ocasiones, identificados con el sector norteamericano más conservador.

Según se refiere en un reportaje de Carlos Fazio, Carlos Navarrete, legislador y directivo del PRD, expresó que desde el inicio de la campaña de Vicente Fox se contó con el apoyo del consorcio FEMSA, que incluye a la embotelladora Coca Cola.³⁷ Igualmente, según refiere Fazio, para los adversarios del panista sus nexos con esa empresa siempre fueron evidentes, habiéndose registrado la amistad de Fox con directivos norteamericanos y con otros representantes en México.

En otro orden, señala Carlos Fazio que además de esos nexos "... Coca Cola remite también a viejos vínculos del presidente electo con un grupo de magnates regiomontanos, de cuando Fox fue directivo de la transnacional",³⁸ figurando entre ellos Alfonso Romo (Grupo Pulsar); Federico Sada González (Grupo Vitro) y José A. González (Grupo FEMSA - Coca Cola), "emparentados con el clan de los Garza Sada y que junto con Lorenzo Zambrano (Cemex, Tecnológico de Monterrey) fueron identificados por la revista *Proceso* como patrocinadores del guanajuatense".³⁹

³⁷ Cf. Fazio, Carlos. *La Jornada* "Fox, el primer presidente empresario, 28 de agosto 2000.

³⁸ *Ibidem* p. 35.

³⁹ *Ibid.* P. 35.

Igualmente, el colaborador de *La Jornada* señala que alrededor de Vicente Fox se han estrechado alianzas de empresarios mexicanos, entre los cuales –además de los mencionados, están Roberto Hernández (Banamex); Juan Sánchez Navarro (Grupo Modelo); Antonio Madero Bracho (Grupo San Luis); Federico Sada González (Grupo Vitro).

Emilio Azcárraga Jean (Televisa); Ricardo Salinas Pliego (TV Azteca); Isaac Saba (Kosa); Alfredo Harp Helú (Banamex); Lorenzo Servitje (Grupo Bimbo); Raúl Bailleres (Puerto de Liverpool); Claudio X. González (Kimberly Clark); Gastón Luken (GE Financial Services).⁴⁰

Como se observa, el nuevo gobierno cuenta con el apoyo de los dueños de buena parte del capital en nuestro país, quienes participan activamente en el proceso de concentración y oligopolización económica y centralización política en la toma de decisiones, expresando a la vez que las formas anteriores de representación clientelar y corporativa fueron desplazadas por formas de representación directa que se habían venido manifestando.

Con los resultados de la elección presidencial en México, lo que se advierte es un nuevo escenario en el que las alianzas entre los principales partidos serán necesarias e imprescindibles para poder hablar de un modelo político equilibrado, con los contrapesos suficientes.

Luego de insistir en la recomposición de las élites, cabe reflexionar sobre la relación entre los partidos y la sociedad, en el contexto de que fue el ejercicio del sufragio lo que marcó el fin de la hegemonía priísta. El 2 de julio se marcó el inicio

⁴⁰ Ibid. *La Jornada*, 29 de agosto de 2000, p. 33

de una etapa que, si bien no podrá ser radicalmente distinta por las características que se observan, sugiere el inicio de una nueva relación entre la sociedad y los partidos políticos, dada la composición del Congreso de la Unión y los obvios contrapesos que pudieran producirse.

Un escenario similar al que se observa fue señalado por Luis F. Aguilar,⁴¹ en referencia a las elecciones de 1997: "... parece que comenzamos a cerrar el largo ciclo intelectual y político que centró su interés y atención en la legalidad, transparencia, imparcialidad, equidad y credibilidad del proceso electoral, condición sin la cual no puede haber gobierno democrático", en donde la identificación entre legalidad y transparencia electoral son condiciones *sine qua non* para el ejercicio de un gobierno legitimado y representativo.

Aguilar refiere que "La gobernabilidad de la joven democracia mexicana penderá así del hilo de los acuerdos que seamos capaces de convenir y honrar sobre las instituciones y prácticas de la democracia. A mayor desencuentro corresponderá mayor posibilidad de desgobierno".⁴²

En ese contexto queda considerar que en un proceso como el mexicano, "las sociedades democráticas son sociedades dentro de las cuales se compite por el poder, apelando a las masas, apelando a los votos y la forma en la cual las masas se imponen a sí mismas en el sistema, es pudiendo escoger entre los que compiten".⁴³ Así, se observa como necesaria la fortaleza de los partidos políticos para generar mayores posibilidades de representatividad ante el electorado.

Dada la naturaleza del debate entre las clases, está presente que "La legitimidad del sistema es una condición necesaria para poder mantener un gobierno estable

⁴¹ "Gobernabilidad y democracia, en *El debate nacional*, coordinado por Esthela Gutiérrez Garza. UNAM – Editorial Diana. México, 1998, p.p. 23 – 55.

⁴² Aguilar, Luis. *Ibid.*, p. 54.

⁴³ Lipset, Seymour Martin. Conferencia magistral "El orden democrático desde la perspectiva comparada", (versión estenográfica) dictada en el IFE el 4 de julio de 1996, en el marco de la III Conferencia de la Unión Interamericana de Organismos Electorales.

basándonos en las leyes respetuosas y conforme las reglas del juego que suponen libertades civiles y una posición civilizada".⁴⁴ Por ello se explica la recurrente convocatoria a observar la legalidad y respetar los procesos mismos, base de acuerdos futuros, que en el caso de México es de vital importancia dada la trascendencia de los resultados del 2 de julio y ante escenarios de alta confrontación en el poder legislativo.

Para concluir, en el marco del cambio de gobierno, luego de que todos los actores políticos invocaran la transición democrática, a la sociedad le corresponderá evaluar al nuevo gobierno y determinar en conciencia si cumple las expectativas de su campaña, además de sancionar su actuación en los comicios federales del 2003, escenario en el que los frutos del debate parlamentario y la confrontación entre los distintos partidos deberá representar necesariamente los intereses de la sociedad en su conjunto.

⁴⁴ Ibidem.

Conclusiones.

En el marco de la presente investigación, el triunfo de la candidatura de Vicente Fox representa la necesidad de hacer una serie de reflexiones, tendientes a explicar la realidad de nuestro país en el entorno mundial de la globalización, así como a indagar la nueva senda que habrá de ser recorrida por la sociedad ante un gobierno producto de la alternancia, luego de más de 70 años de hegemonía del PRI, partido que por su cuenta tendrá que revisar las causas de su declive y definir la ruta a seguir en nuevos escenarios.

Por lo pronto cabe resaltar que la actual tendencia que se inicia con el gobierno de Vicente Fox encuentra eco en la fase iniciada con lo que representó para el mundo la caída del Muro de Berlín, y en México la consolidación de un proceso de concentración económica y centralización política por parte de una élite de empresarios que tienen en Vicente Fox a su representante, habiendo desplazado a las anteriores formas de representación clientelar y corporativa.

En ese contexto, y observando los procesos que tienen repercusión social, la contienda electoral representó la posibilidad de quebrantar un modelo hasta entonces hegemónico y en gradual retroceso, dando paso a una nueva manera de ejercer el poder ante una sociedad unificada en contra de un instituto político que se convirtió en obstáculo.

La propuesta foxista apeló a la voluntad de las masas prometiendo ser el cambio, transformación incierta aunque su sola mención bastó para desmoronar el proyecto priísta. La pretendida coalición entre el PAN y el PRD no se concretó debido a la imposibilidad de hacer conciliar proyectos históricos tan distintos, con un ingrediente adicional: el peso de la personalidad de cada uno de los personajes involucrados.

Los resultados electorales demostraron que no fue necesaria la alianza para derrotar al PRI. Su descrédito y falta de cohesión interna le representaron la pérdida de la Presidencia de la República, pero no por un proyecto de nación distinto, sino simplemente por otro partido y otro personaje que, se percibe, no llevarán a cabo una política económica distinta a la realizada por los presidentes tecnócratas.

En cierto sentido se alcanzó una transición en virtud de que el cambio se dio a través de un proceso electoral, en un contexto de competencia entre partidos; se definió así una alternancia en un panorama acotado, precisamente por la composición del Congreso de la Unión. Pero si deseamos hacer precisiones, en México la transición y las reformas se hicieron en nuestro país a partir de 1982, con un proceso de conducción distinta en el marco de la política económica con una orientación definida contra la sociedad.

Ese proceso que impulsó de manera decidida el grupo que arribó al poder ese año, provocó la agudización de las condiciones que llevaron a la creciente pauperización de amplios sectores sociales y la gradual pulverización de las clases medias, en el marco de la agresión al mercado nacional y la planta productiva, generando una escandalosa concentración de la riqueza, signo de los mejores tiempos de la tecnocracia.

Detrás de Vicente Fox no hay un proyecto político diferente al de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas o Ernesto Zedillo. No se cambia un régimen político, percibiéndose que se ha perdido el rigor en los conceptos en beneficio de una situación que permita crear una supuesta línea de diferenciación entre lo que México fue con el PRI y con lo que puede hacer el PAN con México a partir del 1 de diciembre del 2000.

Entonces es posible hacer la distinción de que con el régimen iniciado por de la Madrid sí hubo transición, porque se dio un cambio generalizado de estructuras

que se reflejaron en modificaciones constitucionales, por ejemplo en las reformas a la propiedad social de la tierra y a las comunidades indígenas que, a final de cuentas llevaron a conflictos como el que se desató en Chiapas, en el contexto de incorporarse al Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT) y al Tratado de Libre Comercio (TLC) con los efectos que hoy podemos ver, con la aceptación de la existencia de decenas de millones de mexicanos viviendo en la pobreza extrema y sin posibilidades de remediar esa situación ni en el corto ni en el mediano plazo.

Así, el debate verdadero debe ser por abanderar las causas de la sociedad, pero más allá del discurso para hacerse del poder, lo que implica un fuerte compromiso de los partidos políticos para volver sobre sus pasos y definir de manera clara el vínculo que persigue con algún sector de la sociedad a efecto de alcanzar las posiciones que posibilitarían las transformaciones pretendidas. Dado el deterioro de las clases medias, se considera necesario abundar en reforzar los nexos con los naturales activos de los partidos políticos. Esto, considerando la tendencia mundial a favor de organizaciones políticas distintas a los partidos tradicionales.

Queda pendiente la reacción de la sociedad, además de cómo conjugar esfuerzos para trascender la labor de los partidos políticos; cabe considerar cómo esos institutos políticos han de aproximarse a la sociedad, no sólo en la coyuntura electoral, sino precisar cuál es su plataforma y su planteamiento estratégico. Si bien esos propósitos están contenidos en el plan de acción y en los documentos básicos que en México los partidos políticos han depositado en el IFE, cabe resaltar que las ambiciones hasta ahora son propósito de ocasión, de coyuntura electoral, por lo que son evidentes sus debilidades.

Los partidos deben allegarse la voluntad de amplias capas sociales, incidir en el pensamiento y en la acción, vincularse a las demandas sin afanes clientelares y engrosar su membresía a través de verdaderas campañas que busquen la efectiva representación de la sociedad mexicana.

Bibliografía

AGUILAR Camín, Héctor. *Subversiones silenciosas. Ensayos de política e historia de México*. Editorial Aguilar, México, 1993.

ARRIOLA, Carlos. *El PAN, Fox y la transición democrática. Elecciones 2000. Serie Política y Sociedad*. Reflexiones Sobre el cambio, A.C. México, 2000.

ARREDONDO, Estela y otros. *Sociedad, política y Estado*. Colección Estudios Políticos. Editorial del Centro de Investigación y Docencia Económica. México, 1992.

BECERRA Acosta, Manuel. *Dos poderes*. Editorial Grijalbo. México, 1990.

BOBBIO, Norberto y otros. *Diccionario de política*. Siglo XXI Editores. México, 1991.

BOLTVINIK, Julio y Enrique Hernández Laos. *Pobreza y distribución del ingreso en México*. Siglo XXI Editores. México, 2000.

BOURDIEU, Pierre y otros. *El oficio de sociólogo*. Siglo XXI Editores. México, 1995.

CAREAGA, Gabriel. *Intelectuales, poder y revolución*. Editorial Océano. México, 1992.

CORDERA, Rolando y Carlos Tello. *México, la disputa por la nación*. Siglo XXI Editores. México, 1991.

CORDOVA, Arnaldo. *Sociedad y Estado en el mundo moderno*. Colección Teoría y Praxis. Editorial Grijalbo. México, 1993.

DE LA PEÑA, Sergio. *Trabajadores y sociedad*, en "La clase obrera en la historia de México". Siglo XXI Editores – Instituto de Investigaciones Sociales UNAM. México, 1994.

DOBB, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Siglo XXI Editores. México, 1992.

FUENTES, Carlos. *Nuevo tiempo mexicano*. Editorial Aguilar. México, 1994.

GILLY, Adolfo y otros. *Interpretaciones de la revolución mexicana*. Editorial Nueva Imagen – UNAM. México, 1996.

GONZALEZ Casanova, Pablo. *El Estado y los partidos políticos en México*. Editorial Era. México, 1992.

GUERRA, Francois Xavier. *México, del antiguo régimen a la revolución*. Fondo de Cultura Económica. México, 1998.

GUILLEN Romo, Héctor. *Orígenes de la crisis en México*. Editorial Era. México, 1985.

IANNI, Octavio. *La formación del Estado populista en América Latina*. Editorial Era. México, 1975.

LECHNER, Norbert y otros. *Estado y política en América Latina*. Siglo XXI Editores. México, 1991.

LINZ, Juan. *Hacia una democracia moderna*. Universidad Católica de Chile. Santiago, 1999.

MONTEMAYOR, Carlos. *Chiapas, la rebelión indígena de México*. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1997.

O'DONELL, Guillermo y otros. *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1995.

PORTANTIERO, Juan Carlos. *Los usos de Gramsci*. Folios ediciones, México, 1995.

POULANTZAS, Nikos. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo XXI editores. México, 1993.

RODRIGUEZ Castañeda, Rafael. *Prensa vendida*. Editorial Grijalbo. México, 1993.

ROJAS Soriano, Raúl. *El proceso de investigación científica*. Editorial Trillas. México, 1991.

SARTORI, Giovanni. *¿Qué es la democracia?* Editorial Nueva Imagen. México, 1998.

SEMO, Enrique (coordinador). *México, un pueblo en la historia*. Editorial Nueva Imagen – Universidad Autónoma de México. México, 1992.

SCHERER, Julio. *Los presidentes*. Editorial Grijalbo. México, 1990.

_____ *El poder. Historias de familia*. Editorial Grijalbo. México, 1990.

SILVA-HERZOG Márquez, Jesús. *El antiguo régimen y la transición en México*. Editorial Planeta/Joaquín Mortiz. México, 1999.

SONNTAG, Heinz Rudolf y Héctor Valecillos. *El Estado en el capitalismo contemporáneo*. Siglo XXI editores. México, 1995.

VILLEGAS, Abelardo. *Autognosis. El pensamiento mexicano en el siglo XX*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, s/f.

Varios. *El debate nacional*. Editorial Diana. México, 1999.

Varios. *Libro de trabajo del sociólogo*. Academia de Ciencias de la URSS. Editorial Progreso. Moscú, 1988.

Varios. *Historia general de México*. Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. México, 1995.

Hemerografía

Diarios

Uno más Uno

CORDOVA, Arnaldo. "Fin de cuentas en el PRI", 3 de diciembre de 1999.

_____ "La transición", 15 de diciembre de 1999.

_____ "El paso de las campañas", 14 de marzo de 2000.

CRUZ Sánchez, Armando. "Izquierda de la derecha, o a la inversa: el PAN y el PRD". Suplemento "Página uno", suplemento semanal, número 961 5 de marzo de 2000.

GONZALEZ Solano, Bernardo. "PRI: entre arúspices y urnas", 15 de octubre de 1999.

_____ "Las reglas de la democracia", 2 de junio de 2000.

HIRALES, Gustavo. "Escenarios el 3 de julio", 2 de julio de 2000.

PEÑALOZA, Pedro. "Izquierdas: crisis y renovación", 15 de octubre de 1999.

RUBACH Lueters, Gisela. "El marketing político no puede convertir una piedra en diamante", 3-4 de septiembre de 1999.

La Jornada.

APONTE, David. "Doctrinarios y foxistas elaboran el programa de gobierno panista". 2 de marzo de 2000.

ARANDA, Jesús. "Para el PAN, 213 diputados; 210 para el PRI y 44 para el PRD: cifras del TEPJF". 17 de agosto de 2000.

AVILES, Karina y Miguel A, Velázquez. "En México no hay transición, sólo cambio de partido en el poder: Marcos Roitman". 24 de julio de 2000

AZIZ Nassif, Alberto. "Fin de sexenio, fin de régimen". 29 de agosto de 2000.

BATIZ, Bernardo. "Derechas e izquierdas". 1 de marzo de 2000.

BLANCO, José. "El imperio de la sociedad". 4 de julio de 2000.

FAZIO, Carlos. "Fox: ¿misión imposible?" 7 de agosto de 2000.

GIL Oimos, José. "En México existe un retroceso social de 40 años: Boltvnik". 3 de diciembre de 1999.

GILLY, Adolfo. "La extraña derrota". 4 de julio de 2000.

LOPEZ y Rivas, Gilberto. "Dos transiciones". 11 de agosto de 2000.

ORTIZ Pinchetti, José Agustín. "Derrota del PRI: imaginar lo inimaginable". 5 de marzo de 2000.

RODRIGUEZ Araujo, Octavio. "En retrospectiva". 6 de julio de 2000.

_____ "De lo posible y lo deseable". 15 de julio de 2000.

_____ "¿Un nuevo régimen político?" 3 de agosto de 2000.

SALDIVAR, Américo. "Fox, una economía con botas de barro". 10 de marzo de 2000.

SANCHEZ Rebolledo, Adolfo. "Democracia social". 2 de diciembre de 1999.

VENEGAS, Juan Manuel y David Aponte. "El equipo foxista, lejos de ser una familia feliz". 22 de agosto de 2000.

ZUÑIGA, Juan Antonio. "Rotundo no de Cárdenas a una posible alianza con el PAN". 26 de febrero de 2000.

Excélsior.

Editorial. "Transición democrática", 6 de marzo de 2000.

ESPINOSA Rugarcía, Amparo. "Última llamada al heroísmo: la gran alianza Cárdenas-Fox". 10 de marzo de 2000.

GARCIA Cantú, Gastón. "El poder empresarial", 2 de agosto de 2000.

PADILLA, Juan J. "Los perredistas están divididos y en proceso de disolución: Muñoz Ledo". 18 de marzo de 2000.

PEREZ Correa, Fernando. "Riesgos de la polarización", 5 de marzo de 2000.

PINEDA Muñoz, Armando. "El tema de la 'Alianza de Alianzas' es un asunto concluido, afirma Monreal Avila", 6 de marzo de 2000.

El Financiero.

ABASCAL y Macías, Rafael. "El PRI en el camino de la ruptura", 12 de octubre de 1999.

_____ "El presidencialismo renovado", 6 de febrero de 2000.

_____ "PRI: 71 años en el poder", 4 de marzo de 2000.

CANO, José David. "Las monedas no están echadas de una vez y para siempre: Flores Olea", 31 de enero de 2000.

CASTREJON Díez, Jaime. "El voto útil", 13 de marzo de 2000.

MARES, Marco A. "Empleo, eje de la política económica: FLO", 2 de febrero de 2000.

MEADE, Dionisio A. "El PAN, ¿manso cordero o lobos rapaces?", 2 de marzo de 2000.

MEJIA, Mauricio. "Vicente Fox o la reingeniería de la memoria", 28 de junio de 2000.

La Crónica de hoy.

"México: la transición a la democracia". Suplemento "Fin de Siglo", 24 de diciembre de 1999.

ALANIS, José María. "La alianza está firme, dice Cárdenas", 18 de febrero de 2000.

BETANCOURT, Antonio. "La alianza PAN-PRD 'sería una burla para el país, dice Rincón Gallardo", 22 de febrero de 2000.

VIALE, Emilio. "Una coalición sería 'el suicidio del partido' renunciante: Leonel Cota", 8 de marzo de 2000.

**ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA**

Reforma.

RIVERA, Guillermo. "Dan 'receta' para alianza". 28 de febrero de 2000.

_____ "Antonio Echevarría reitera su llamado a Fox y Cárdenas de buscar la unidad; después de todo, 'la Patria es Primero'." 28 de febrero de 2000.

El Universal.

BOBBIO, Norberto. "El futuro de la democracia". Suplemento "Bucareli 8", no. 125, 28 de noviembre de 1999.

BOVERO, Michelangelo. "Síntesis de los opuestos". Suplemento "Bucareli 8", no. 139, 26 de marzo de 2000.

CANSINO, César. "El léxico del cambio" político", en 12 entregas semanales, Suplemento "Bucareli 8", 117-128, 3 de octubre, 19 de diciembre de 1999.

CRESPO, José Antonio. "Alianzas en entredicho", no. 130, 23 de enero de 2000.

Milenio diario.

JIMENEZ Cáliz, Eugenia. "Empresarios y cruzados, la derecha que gobierna con Fox". 7 de marzo de 2001.

Revistas

Nexos

AGUILAR Camín, Héctor. "El rumbo del PRD". No. 245, mayo de 1998.

BEGUI, Alberto. "¿Y después de la transición?". No. 260, agosto de 1999.

CASAR, María Amparo y Ricardo Raphael de la Madrid. "Las elecciones de 1998: la distribución del poder político. No. 247, julio de 1998.

CÓRDOVA, Arnaldo. "El legado de salinas" No. 234, junio de 1997.

CRESPO, José Antonio. "Proyectos en disputa". No. 259, julio de 1999

GONZÁLEZ Compeán Miguel. "El PRI, las reglas y la transición". No. 250, octubre de 1998.

GONZÁLEZ DE ALBA, Luis. "1968, de la 'imaginación al poder' al poder sin imaginación". No. 250, octubre de 1998.

GUEVARA Niebla, Gilberto. "68: el fin del verano" No. 249, septiembre de 1998.

LOAEZA, Soledad. "La Vía Mexicana a la democracia". No. 166, octubre de 1991.

_____ "El PAN, ese desconocido". No. 219, marzo de 1996.

RUBIO, Luis "¿Transitando a la democracia?" No. 235, julio de 1997.

SALAZAR, Luis. "El PRI: ¿más vidas que un gato?". No. 264, diciembre de 1999

_____ "Se buscan estadistas". No. 271, julio de 2000.

TREJO, Guillermo. "¿Por qué el funcionamiento de la democracia requiere de la alternancia?". No. 270, junio de 2000.

WOLDENBERG Karakowski, José. "La transición a la democracia". No. 261, septiembre de 1999.

WOMACK, John jr. "México, un diagnóstico". No. 218 Febrero de 1996.

Proceso

ACOSTA Córdova, Carlos. "El PRI, dispuesto a todo para no perder". No. 1226, 30 de abril de 2000.

BELTRAN del Río, Pascal. "A flote, las reuniones y acuerdos de Cárdenas con Fox en el 94". No. 1195, 26 de septiembre de 1999

_____ "El distanciamiento de Muñoz Ledo del PRD baja el telón sobre la última etapa de la Corriente Democrática". No. 1191, 29 de agosto de 1999.

_____ "En la obsesión del triunfo, una derrota panista en el 2000 sería el desplome: Castillo Peraza". No. 1193, 12 de septiembre de 1999.

_____ "El PRD vive su crisis más abierta, dice Porfirio Muñoz Ledo". No. 1187, 1 de agosto de 1999.

CALDERON Hinojosa, Felipe. "El largo camino del PAN". No. 1235, 4 de julio de 2000.

CHAVEZ, Elías. "Castillo Peraza advierte: Una estructura paralela, riesgosa para Fox y para el PAN". No. 1166, 7 de marzo e 1999.

_____ "En el 2000, para no caer en la ingobernabilidad, se necesitará un presidente fuerte y sólo se puede lograr con una gran coalición opositora: Manuel Camacho". No. 1163, 14 de febrero de 1999.

_____ "Crece la ansiedad entre priistas por la falta de definiciones hacia la sucesión; el dedazo, posibilidad aún no cancelada". No. 1164, 21 de febrero de 1999.

_____ "Ejército en retirada, el PRI cede espacios, pero tendrá que entregar el cuartel general: para el 2000 soy materia dispuesta: Ernesto Ruffo". No. 980, mayo de 1995.

_____ "Dinero ilícito, fraudes e impunidad detrás e la rebelión de Roberto Madrazo". No. 1188, 8 de agosto de 1999.

DELGADO, Alvaro. "El 'nuevo PRI', tan viejo como sus mañas". No. 1202, 14 de noviembre de 1999.

GALARZA, Gerardo. "Fox en las vísperas: trabajé, luché y convencí para sacar al PRI de Los Pinos". No. 1193, 12 de septiembre de 1999.

HINOJOSA, Juan José. "Alianza opositora". No. 1166, 7 de marzo de 1999

JAQUEZ, Antonio. "El velatorio, los responsos y la triste memoria del partido oficial". No. 1235, 4 de julio de 2000

_____ "Tensiones, diferencias y recelos entre Fox y el PAN". No. 1237, 16 de julio de 2000.

LOPEZ Narváez, Froylán M. "PRI, más de lo mismo". No. 1162, 7 de febrero de 1999.

ORTIZ Pinchetti, Francisco. "Algunos quisieron, pero nadie pudo detener el desbocado galope de FOX". No. 1193, 12 de septiembre de 1999.

_____ "En detalle, la gigantesca organización que mueve a Fox". No. 1215, 13 de febrero de 2000.

_____ ""El estilo de Fox soporta hasta contradicciones y deslices". No. 1219, 12 de marzo de 2000.

OSORIO Marbán, Miguel. "Con neoliberales y tecnócratas, el PRI dijo adiós a sus principios". No. 1235, 4 de julio de 2000.

SEMO, Enrique. "La izquierda y las elecciones: democracia integral". No. 1215, 13 de febrero de 2000.

Milenio

CAMACHO Guzmán, Oscar. "La coalición opositora es la verdadera apuesta por la transición", No. 79, 8 de marzo de 1999.

_____ "El PAN no puede evadir más la discusión de la alianza opositora: Luis Felipe Bravo Mena". No. 79, 8 de marzo de 1999.

FERNANDEZ Meléndez, Jorge. "2000: el fantasma del 94", No. 121, 3 de enero de 2000.

GONZALEZ, José Luis. "Los políticos y la democracia televisiva". No. 122, 10 de enero de 2000.

MUNGUÍA, Jacinto. "La TV ya ganó por adelantado la elección del 2000". No. 122, 10 de enero de 2000.

Boletín Mexicano de la Crisis.

ADORNO Jiménez, Raúl. "Coalición inminente: Camacho Solís". No. 188, 7-13 de agosto de 1999.

AVILES Fabila, René. "La complicada coalición". No. 188, 7-13 de agosto de 1999.

BEDOLLA, Francisco. "Entre escenarios y coaliciones te veas". No. 187, 31 de julio-6 de agosto.

CEPEDA Neri, Alvaro. "Conjeturas". No. 187, 31 de julio-6 de agosto de 1999.

FERRER, Miguel Ángel. "PRD-PAN, una asociación inmoral e imposible". No. 188, 7-13 de agosto de 1999.

Epoca

GARCIA Colín, Margarita. "El PRI, atónito ante los cambios". No. 407, 22 de marzo de 1999.

GUZMAN, Rodolfo. "PRI: en el umbral decisivo". No. 439, 1 de noviembre de 1999.

PLIEGO, Felicitas. "Elecciones del PRD: la credibilidad quebrada". No. 407, 1 de noviembre de 1999.

Impacto

CAMACHO Acevedo, José Luis. "Alarma en el PRI: Fox rebasa a su candidato presidencial". No. 2611, 12 de marzo de 2000.